LOS HOMBRES de la historia

8

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

García Lorca

Centro Editor de
América Latina



Rafael Alberti

LOS HOMBRES de la historia 8

"Era fascinante. Había magia, duende, algo irresistible en todo Federico". Las palabras de Rafael Alberti recordando a García Lorca, resumen, en admirable síntesis, la figura de quien nació poeta "por la gracia de Dios, o del demonio", como él mismo dijera alguna vez.

"Apasionado instintivista" – y aquí, instinto equivale a corazón –, recuperó para la poesía española una corriente sojuzgada por el modernismo, por el 'arte por el arte' "mediante una inteligente y armónica fusión de los elementos tradicionales y restauradores, por la espléndida aleación de un sabor clásico y una renovadora y juvenil curiosidad".

Frente al arte deshumanizado, es la de García Lorca, poesía humana, lirismo apasionado, "inspiración, puro instinto, razón única del poeta, que debe volcarse, desarmarse, proyectarse, con profunda ternura, alrededor de los temas eternos: vida, amor, muerte, alegría y pena". Pero este poeta, todo corazón, supo también expresar en forma directa - en actos y palabras - su compromiso con el mundo: "Siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros - me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas -, estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha; aquí, tu dolor y tu sacrificio, y aquí, la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente pero se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza sobre el último plato de la balanza". Y así, cuando el drama ganó las calles en España, Federico fue una de las primeras víctimas y, en la madrugada del 19 de agosto de 1936 cayó fusilado por la reacción. Tal vez nunca se habrá llorado y protestado tanto en la tierra entera como ante su muerte. "El primer poema que delató este horror fue de Antonio Machado. Su tremendo estribillo sonará para siempre, como un redoble de campana, en la noche cobarde de sus asesinos:

. . . Que el crimen fue en Granada, sabed - ¡pobre Granada! -, ¡en su Granada!"

Había nacido en Granada el 5 de junio de 1898.

Primeros títulos

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

Ilustraciones del fascículo N° 8:
Roberto Otero, Roma: p. 3 (1, 2, 3); p. 19 (8); p. 23 (1, 2, 3, 5); p. 27 (2, 3)
Snark International, París: p. 5 (5); p. 8 (5, 6); p. 10 (1); p. 21 (2); p. 24 (1, 2).
Tony Salnier: p. 15 (2); p. 18 (7); p. 27 (1).
SPADEM: p. 7 (1).

Por cortesía del señor José Luis Cano se han podido publicar las fotos siguientes:
p. 4 (1, 2, 3); p. 7 (2, 4); p. 8 (2, 3)
p. 13 (3, 4); p. 17 (2, 4); p. 18 (1, 2, 3, 4

A Manuel Orozco pertenecen las fotos inéditas de la p. 5 (1, 2).
Las fotos de la p. 11 (1, 2, 3) han sido cortésmente proporcionadas por la familia García Lorca.
A la colección del pintor Gregorio Prieto pertenecen los diseños de García Lorca, ya publicados en Dibujos de *García Lorca*, Madrid, 1955.
La redacción agradece al autor —Rafael Alberti—, su valioso consejo y generosa contribución personal en la búsqueda del material gráfico; y al señor Roberto Otero, responsable de la localización de la mayor parte de las ilustraciones y autor él mismo de algunas fotos en color.
Para la preparación de este fascículo se ha utilizado el texto original del autor —Rafael Alberti— redactado en español.

La nota **Sobre la muerte de Federico García Lorca** fue redactada por Luis Martínez Cuitiño.

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina:
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5° C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Av. La Plata 2138, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523, Lanús Oeste, Bs. As.
en enero de 1985

García Lorca

Rafael Alberti

1898
El 5 de junio nace Federico García Lorca en Fuentevaqueros, pueblo de la provincia de Granada. Su padre, Federico García Rodríguez, es un hombre de campo acomodado, y su madre, Vicenta Lorca, maestra.

1898-1913
Pasa su infancia entre Fuentevaqueros y Valderrubio, pueblo éste cercano al suyo, adonde la familia se traslada. Aprende las primeras letras con su madre. Su primer maestro se llama don Antonio Rodríguez Espinosa, con el que pasa —1908— una breve estancia en un colegio de Almería, al ser aquél trasladado a esta ciudad. Se inicia su vocación musical. Se va, en setiembre de 1909, a vivir con su familia a Granada, donde comienza a estudiar el bachillerato como alumno del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Los hermanos que ya tiene García Lorca se llaman Francisco, Concha e Isabel.

1914
En la Universidad de Granada inicia sus estudios de Filosofía y Letras y Derecho. Sus primeros amigos, entre otros, son Melchor Fernández Almagro, crítico hoy y miembro de la Real Academia de la Lengua, el pintor Manolo Ángeles Ortiz, José Mora Guarnido, luego uno de sus mejores biógrafos, el escultor Juan Cristóbal, el músico Ángel Barrios y los hermanos José y Manuel Fernández Montesinos. Este último, que casaría más tarde con su hermana Concha, fue fusilado en los primeros días de agosto de 1936, siendo alcalde de Granada.

1915
Estrecha amistad con su profesor de Derecho en la Universidad, don Fernando de los Ríos, uno de los más distinguidos conductores del socialismo español. Continúa sus estudios de piano y guitarra.

1916
Puede ser que en este año escribiese García Lorca sus primeras poesías. Asiste a la tertulia literaria y artística del Café Alameda, "El Rinconcillo", que frecuentó más de una vez el gran compositor don Manuel de Falla y por la que pasaron escritores como Ramón Gómez de la Serna y pianistas como Rubinstein y Ricardo Viñes.

1917
En febrero de este año publica, en el Boletín del *Centro Artístico de Granada*, un artículo dedicado al poeta romántico José de Zorrilla, con motivo de su centenario. Durante el verano, viaje de estudios por Andalucía y las dos Castillas, bajo la dirección de don Martín Rodríguez Berrueta, catedrático de la Universidad de Granada. En Baeza (Jaén) conoce a Antonio Machado Inicia su amistad con don Manuel de Falla, quien ha de estimularlo en su vocación musical y ejercer luego una influencia decisiva en su orientación literaria.

1918
Aparece en Granada su primer libro, *Impresiones y paisajes*, que dedica a su viejo profesor de música, al catedrático don Martín R. Berrueta y a los amigos que lo acompañaron en el viaje.

1919
Marcha a Madrid, instalándose en la Residencia de Estudiantes, donde vivirá durante los meses del curso hasta 1928. Allí se hace amigo del pintor Salvador Dalí, del más tarde gran cineasta Luis Buñuel y de los poetas malagueños José Moreno Villa y Emilio Prados. Conoce al autor y director teatral Gregorio Martínez Sierra.

1920
Bajo la dirección del propio Martínez Sierra estrena, el 22 de marzo, su primer ensayo dramático, *El maleficio de la mariposa*, con figurines del gran pintor uruguayo Barradas y bailes de *La Argentinita*. Pasa el verano en la Vega de Zujaira (Granada), regresando en octubre a Madrid. En tertulias literarias entabla amistad con el escritor ultraísta Guillermo de Torre y con el crítico musical Adolfo Salazar. Continúa, aunque desganadamente, sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central.

1921
Aparece en Madrid su primer libro de versos, *Libro de poemas*, al que Adolfo Salazar saluda calurosamente desde el diario madrileño *El Sol*. Conoce al gran poeta Juan Ramón Jiménez, que le ofrece las páginas de su recién fundada revista *Índice*. Inicia las poesías del *Poema del cante jondo*. En el Marruecos español, desastre de Annual, que ha de traer graves consecuencias políticas.

1922
Febrero. Conferencia en el Centro Artístico de Granada sobre *El cante jondo*. 13 y 14 de junio: Fiesta del cante jondo en Granada, que organizan don Manuel de Falla y García Lorca. Trabaja en su libro *Canciones*.

1923
Enero. En su casa de Granada, representación de una pieza para guiñol de Federico, *La niña que riega la albahaca y el príncipe preguntón*, en fiesta dedicada a los niños, con la colaboración de Falla. En el programa, también *Los dos habladores*, de Cervantes, con subrayados musicales tomados de la *Historia de un soldado*, de Strawinsky, y el primitivo *Auto de los Reyes Magos*, con música de Pedrell. Al piano, don Manuel de Falla, y entre las solistas vocales, Isabel, la hermana menor del poeta. En febrero obtiene en la Universidad de Granada la licenciatura de Derecho. Comienza a dibujar. En este mismo año, el general Primo de Rivera, de acuerdo con S. M. el Rey Alfonso XIII, instala la dictadura militar.

1924
Presentado en octubre por el pintor Gregorio Prieto, inicia su amistad con Rafael Alberti en la Residencia de Estudiantes. Termina su libro *Canciones*, trabajando aún en su drama *Mariana Pineda*. Comienza el *Romancero gitano*.

1925
Temporada, durante la primavera, en Cadaqués (Cataluña), como huésped de Salvador Dalí. Gran amistad con Ana María, la hermana del pintor. Lectura a la familia Dalí de *Mariana Pineda*. Inicia su correspondencia epistolar con el poeta Jorge Guillén.

1926
Abril. Lectura de poemas en el Ateneo de Valladolid, presentado por Jorge Guillén y Guillermo de Torre, y publicación, en la *Revista de Occidente*, de la *Oda a Salvador Dalí*. Durante el verano termina la primera versión de *La zapatera prodigiosa* y sigue trabajando en *Romancero gitano*. Lee en Granada, el 17 de octubre, su *Homenaje a Soto de Rojas*, poeta granadino del siglo XVII. Se funda este año, en Málaga, por los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, la revista *Litoral*, mientras Gerardo Diego, en Santander, lanza la suya, *Carmen*, que incluye un batallador y divertido suplemento, *Lola*. Conoce García Lorca al gran torero Ignacio Sánchez Mejías.

1927
Año del tricentenario de la muerte del poeta cordobés don Luis de Góngora, a quien

García Lorca escribe como homenaje un poema titulado *Soledad*, que luego rompe. Publica, en marzo, en *La Gaceta Literaria*, que dirigen Ernesto Giménez Caballero y Guillermo de Torre, el poema *La sirena y el carabinero*. Aparece, editado por *Litoral*, su libro *Canciones*. De mayo a junio, prepara en Cadaqués, con Salvador Dalí, que hará los decorados, el estreno de *Mariana Pineda*, que llevará a cabo el 24 de junio, en Barcelona, la compañía de Margarita Xirgu. Inicia su amistad con el crítico de arte, catalán, Sebastián Gasch, quien con otros amigos organiza una exposición de los dibujos del poeta. También por Margarita Xirgu, se estrena en Madrid, el 12 de octubre, en el Teatro Fontalba, *María Pineda*, que la dictadura militar de Primo de Rivera no mira con muy buenos ojos. Proyecto, en Granada, de la revista *Gallo*. Amistad con el poeta Vicente Aleixandre. En diciembre, organizado por Ignacio Sánchez Mejías, viaje a Sevilla con algunos poetas y escritores de su generación, para honrar en el Ateneo sevillano a Don Luis de Góngora. Encuentro con el poeta Luis Cernuda. En la *Revista de Occidente* aparece su relato en prosa *Santa Lucía y San Lázaro*.

1928

Febrero y marzo. Aparece en Granada la revista *Gallo*. Publica, editado por la *Revista de Occidente*, el *Romancero gitano*. Correspondencia con el gran escritor colombiano Jorge Zalamea. En el Ateneo granadino proyecta, con gran escándalo, cuadros de Miró y Dalí. En setiembre, la colección *La Farsa* publica *Mariana Pineda*. En diciembre aparece en la *Revista de Occidente* su *Oda al Santísimo Sacramento* y lee en la Residencia de Estudiantes, de Madrid, su conferencia sobre *Las nanas infantiles*. Se publica este año *Cántico*, de Jorge Guillén.

1929

De enero a mayo. Acaba la farsa *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*. Conferencia en el Lyceum Club madrileño sobre *Imaginación, inspiración y evasión en la poesía*. Aparece la segunda edición de *Canciones*. Viaje a los Estados Unidos, deteniéndose en París, Londres, Oxford... Llegada, en junio, a Nueva York. Vida como estudiante en la Universidad de Columbia. Encuentro con Ángel del Río, luego uno de sus primeros comentaristas y biógrafos. Amistad con el profesor Federico de Onís y con el gran poeta León Felipe. Pasa el verano en Eden Mills (Vermont) y en una granja de las montañas Catskills. En el otoño regresa a Nueva York, donde se encuentra con Dámaso Alonso, poeta e ilustre crítico de su generación, con Ignacio Sánchez Mejías y *La Argentinita*. El 16 de diciembre interviene en el homenaje a Antonia Mercé, *La Argentina*, celebrado en el Instituto de las Españas, de Nueva York. En este año se acrecientan en Madrid las luchas estudiantiles contra la dictadura militar. Rafael Alberti publica *Sobre los ángeles*.

1930

Sigue viviendo en Nueva York. Repite algunas de las conferencias que escribiera en España en la Universidad de Columbia y en Vassar College. Armoniza para *La Argentinita* varias canciones populares y avanza en su nueva versión de *La zapatera prodigiosa*. En la primavera parte para Cuba, invitado por la Institución Hispanoamericana de Cultura, para dar conferencias. Cuatro son las que da en La Habana: *Teoría y juego del duende, Soto de Rojas, Lo que canta una ciudad de noviembre a noviembre* y *Las nanas infantiles*. Ha comenzado dos piezas dramáticas, en las que trabaja: *Así que pasen cinco años* y *El público*. Conoce al escritor Juan Marinello y al poeta Nicolás Guillén. Publica en la revista *Avance*, *La degollación de los inocentes*, y en *Musicalia*, revista también de La Habana, *Son de negros*. A fines de verano, regresa a España. Y el 24 de diciembre le estrena Margarita Xirgu, en el Teatro Español, de Madrid, *La zapatera prodigiosa*, bajo la dirección de Cipriano Rivas Cherif. Cae la dictadura de Primo de Rivera y se levanta en el pueblo pirenaico de Jaca, en favor de la República, el capitán Fermín Galán, que es fusilado inmediatamente con su amigo el capitán García Hernández, por el sucesor de Primo de Rivera, el general Dámaso Berenguer.

1931

El 14 de abril cae la monarquía de Alfonso XIII y se proclama la República. De mayo a noviembre: aparece el *Poema del cante jondo* en las Ediciones Ulises. Conferencia y lectura de *Poeta en Nueva York* en la Residencia de Estudiantes. Escribe *El retablillo de don Cristóbal*. Lee en casa del diplomático chileno Carlos Morla, *Así que pasen cinco años*. Proyecta el teatro universitario *La Barraca*. Aparece *Fábula y signo* del poeta Pedro Salinas.

1932

En la primavera, conferencias por Valladolid, Sevilla, Salamanca, Galicia y San Sebastián. En julio, presentación de *La Barraca* en Burgo de Osma, con la que recorre, durante todo el verano, diversos pueblos de Castilla. De setiembre a diciembre: lectura de *Bodas de sangre* en casa de Morla. Presenta *La Barraca* en Granada, Alicante y Barcelona. Conferencia y lectura, en esta ciudad, de *Poeta en Nueva York*. El poeta Vicente Aleixandre publica *Espadas como labios*.

1933

De marzo a setiembre. Estreno de *Bodas de sangre* por la compañía de Josefina Díaz Artigas en el Teatro Infanta Beatriz, de Madrid. Estreno, en el Teatro Español, de *Amor de don Perlimplín*. Trabaja en *Yerma*. Colabora en la representación de *El Amor brujo*, de Falla, en la Residencia de Estudiantes, bailado por *La Argentinita*, acompañada por las viejas gitanas *La Macarrona, La Malena* y *La Fernanda*. El 13 de octubre llega a Buenos Aires, en donde residirá hasta el 24 de marzo de 1934. La compañía de Lola Membrives le estrena allí *Mariana Pineda, Bodas de Sangre* y *La zapatera prodigiosa*. Dirige la *Dama boba*, de Lope de Vega. Da conferencias, conoce al gran poeta chileno Pablo Neruda, con el que pronuncia un discurso a la memoria de Rubén Darío. Aparece en Madrid *Donde habite el olvido*, del poeta Luis Cernuda. María Teresa León y Rafael Alberti publican la revista *Octubre*, órgano de los escritores revolucionarios.

1934

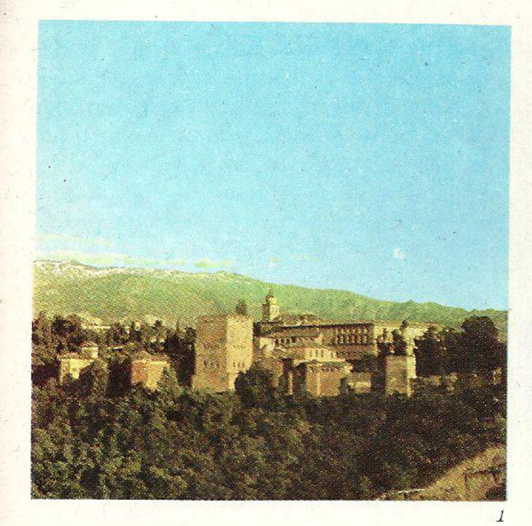
Regresa a España en el mes de marzo. Banquete de los amigos del poeta por sus éxitos en la Argentina. Reanuda su dirección de *La Barraca*. Muere, el 11 de agosto, en la plaza de Manzanares el Real, el gran torero y amigo Ignacio Sánchez Mejías. Al mes siguiente escribe el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. En octubre estalla la revolución de los mineros asturianos. Pablo Neruda, que es cónsul de Chile en Madrid, publica su revista *Caballo verde para la poesía*. Revelación del poeta Miguel Hernández.

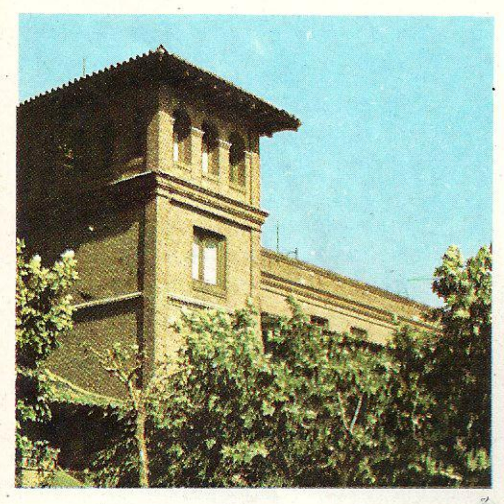
1935

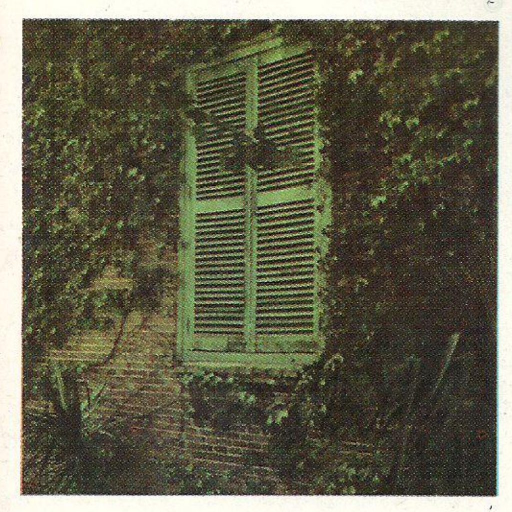
En enero, estreno de *Yerma*, en el Teatro Español madrileño, por Margarita Xirgu. En marzo, estreno de la versión definitiva de *La zapatera prodigiosa* por Lola Membrives, en el Coliseum, de Madrid. En mayo, publicación de *El llanto por Sanchez Mejías*, en las ediciones de *Cruz y Raya*, que dirige José Bergamín. En junio, homenaje de García Lorca, Guillén y otros poetas a Pablo Neruda por la aparición en Madrid de su *Residencia en la tierra*. En setiembre, estreno de *Yerma*, en Barcelona, por la Membrives, y también en Barcelona, estreno de *Doña Rosita la soltera* por Margarita Xirgu. Homenaje de la intelectualidad catalana al poeta por sus éxitos. Publicación en Madrid, de algunos poemas de *El Diván del Tamarit*, libro que no verá la luz hasta después de la muerte del poeta.

1936

Publicación, en enero, de *Bodas de sangre*, en *Cruz y Raya*. En abril, discurso de García Lorca en el homenaje a Luis Cernuda por su nuevo libro *La realidad y el deseo*. Anuncio, en una entrevista del diario *La Voz*, de su propósito de acompañar a Margarita Xirgu a México, donde se han de representar sus obras. En junio, termina *La casa de Bernarda Alba*, que lee en casa de los condes de Yebes. Temeroso de los graves acontecimientos políticos que suceden en Madrid, se marcha a su Granada el 16 de julio. Dos días después, el 18, los militares y la Falanje se levantan en armas contra la República. En agosto, Federico García Lorca es detenido y conducido a Viznar, donde es fusilado a la madrugada del día 19 con otros defensores de la libertad.







1. *Vista de la Alhambra.*

2. *La Residencia de los Estudiantes en Madrid. García Lorca vivió aquí nueve años decisivos de su vida, centro de un núcleo excepcional de intelectuales.*

3. *La ventana del cuarto de García Lorca en la Residencia.*

Encuentro (otoño, 1924)

Fue el pintor Gregorio Prieto quien me lo presentó. Estábamos en la Residencia de Estudiantes, en donde García Lorca —aspirante a Doctor en Filosofía y Letras y en Derecho— pasaba todo el curso desde hacía varios años.

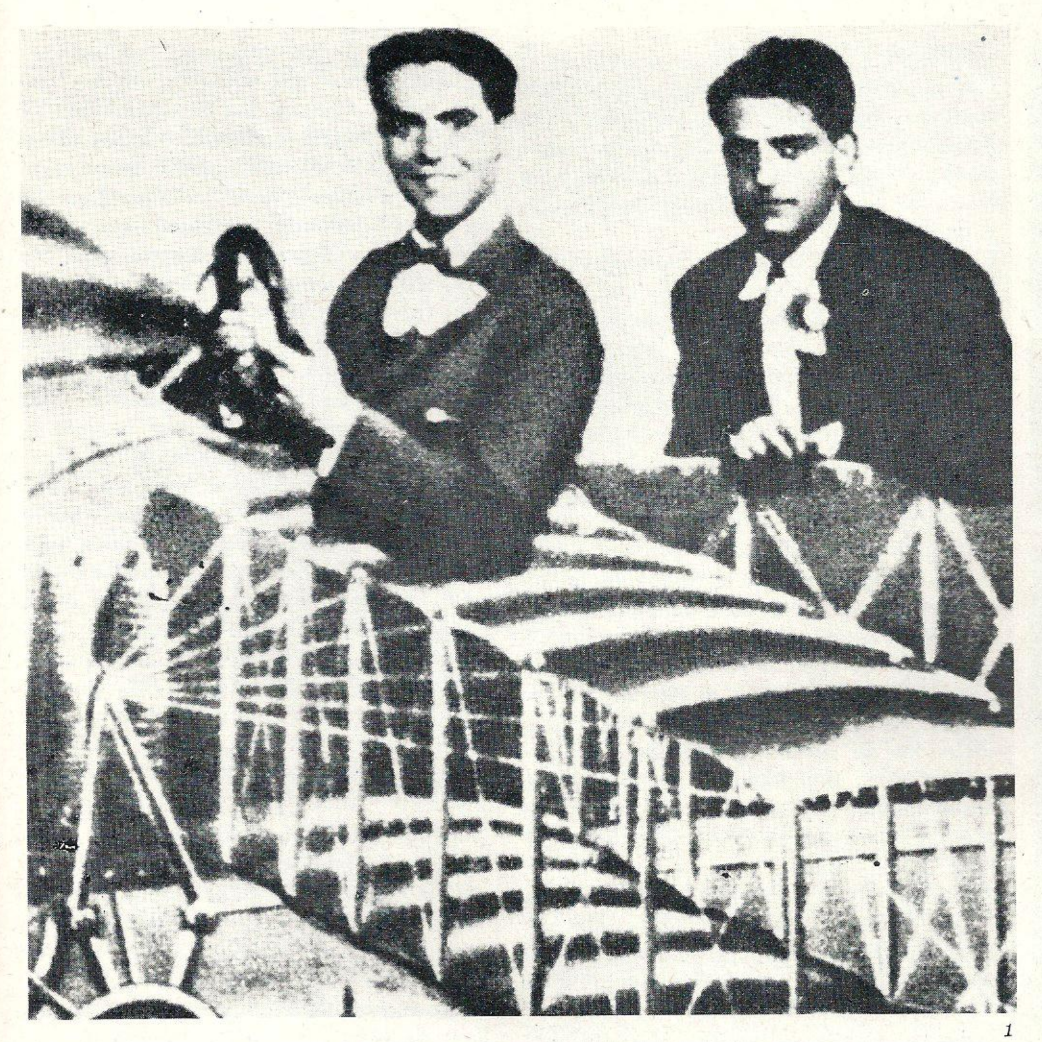
La Residencia, o la "Resi", como abreviada y cariñosamente le decíamos los que la frecuentábamos y los que en ella se hospedaban, se alzaba entonces en las primeras afueras de Madrid, sobre una verde loma, que Juan Ramón Jiménez, antiguo residente, la llamó en sus poemas "Colina del alto chopo", debido a los que bordeaban sus jardines, cortados por el canalillo que sube el agua a los grifos y fuentes de la capital. Las sobrias alcobas y los árboles de la Residencia han ayudado al crecimiento del nuevo espíritu liberal español, a la creación de sus mejores obras, desde comienzos de siglo hasta el trágico 18 de Julio de 1936, fecha de su oscurecimiento. Hija de la Institución Libre de Enseñanza, núcleo de la cultura que llegó a ser dirigente con la República del 14 de Abril, la Residencia de Estudiantes vino siendo la casa de las más grandes inteligencias españolas. Baste señalar entre los nombres de sus huéspedes anteriores a García Lorca los de don Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Américo Castro, etc.

Como era el mes de octubre, el poeta acababa de llegar de su Granada. Yo venía entonces del mar, de mi trimilenaria bahía gaditana, de velas blancas entre pinos y salinas azules, de sus castillos derruidos golpeados por las olas. Andalucía la Baja. Él llegaba a Madrid, al centro seco de Castilla, de los montes subidos de su Sierra Nevada, de las torres, el agua y los jardines de una Andalucía oculta, secreta, misteriosa, tierra adentro, profunda. Moreno oliváceo, ancha la frente, en la que le latía un mechón de pelo empavonado; brillantes los ojos y una abierta sonrisa transformable de onto en carcajada; aire no de gitano, sino ís bien de campesino, de ese hombre, o y bronco a la vez, que dan las tierras daluzas. (Así yo vi esa tarde a Federico así lo sigo viendo, siempre que pienso en él.) Me recibió con alegría, entre abrazos, risas y exagerados aspavientos. Afirmó conocerme, y mucho, igual que a unos parientes que yo tenía en Granada. Me dijo, entre otras cosas, haber visitado, años atrás, mi exposición del Ateneo; que yo era su "primo" y que deseaba encargarme un cuadro en el que se le viera dormido a orillas de un arroyo y arriba, allá en lo alto de un olivo, la imagen de la Virgen, ondeando en una cinta el siguiente letrero: "Aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso al poeta Federico García Lorca". No dejó de halagarme el encargo, aunque le advertí que sería lo último que pintase, pues la pintura se me había ido de las manos hacía tiempo y sólo me interesaba —aclaración a la que apenas dio entonces importancia— ser poeta. Cuando iba a despedirme, ya llegada la noche, me invitó a cenar allí en la Residencia, en compañía de otros amigos suyos, entre los que se hallaban Luis Buñuel, lejos aún de su renombre universal de cineasta, el poeta malagueño José Moreno Villa y un muchacho delgado, de bigotillo rubio, absurdo y divertido, que se llamaba Pepín Bello, con el que simpaticé vertiginosamente. Después de la cena, volvimos al jardín, aquel bello recinto custodiado de chopos, cortado por la vena de agua del Canalillo, salteado de adelfas y arrebatado de jazmineros, rotos en oleadas contra los pabellones estudiantiles. Nunca había oído recitar a Federico. Tenía fama de hacerlo muy bien. Y en aquella oscuridad, lejanamente iluminada por las ventanas encendidas de las habitaciones, comprobé que era cierto. Recitaba García Lorca su último romance gitano traído de Granada:

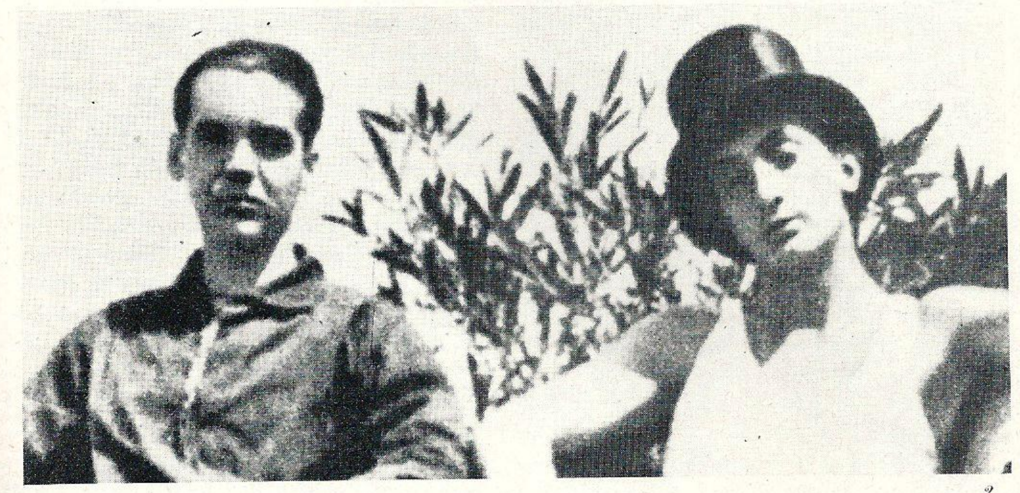
Verde que te quiero verde . . .

¡Noche inolvidable la de nuestro primer encuentro! Había magia, *duende*, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era, en verdad, fascinante: cantando, solo o en el piano, recitando, haciendo bromas e incluso diciendo tonterías. Ya estaba lleno de prestigio, repitiéndose sus poemas, sus dichos, sus miles de anecdotillas —ciertas unas, otras inventadas— por las tertulias de literatos cafeteros y corrillos estudiantiles. Sus obras fundamentales de aquellos años aún permanecían inéditas. Hasta ese momento sólo había publicado dos libros: uno, de prosas, poco conocido —*Impresiones y paisajes* (1918)—, dedicado a su viejo maestro de música, y otro —*Libro de poemas* (1921)—, bien recibido por la crítica, gustado ya por mí en mis retiros veraniegos de la sierra del Guadarrama. Poco hablaba Federico de ellos, aunque alguna vez le oí recitar canciones del último. Lo que el poeta soltaba entonces a los cuatro vientos eran sus primeros romances gitanos, alternados con cancioncillas sueltas o las coleccionadas bajo el título de *Poema del cante jondo*. También se comentaban entonces entre amigos dos obras teatrales: *Títeres de cachiporra* y *Mariana Pineda*. Ambas se las escuché luego. Pero de aquellos primeros días de nuestra amistad, sólo recordaré siempre el *Romance sonámbulo*, su misterioso dramatismo, más escalofriante todavía en la penumbra de aquel jardín de la Residencia susurrado de álamos.

—Adiós, primo—, me dijo Federico, solos los dos, ya pasadas las doce. Empezaba a llover. Un repentino resplandor anunció una tormenta que ya estaba vecina. Y aunque llegué a mi casa chorreando, me sentí feliz, sabiendo que una hoja de mi vida había sido marcada de una fecha imborrable. Po-



1



2

cos días después llevé a García Lorca su encargo y algo más: un soneto que le dedicaba. Celebró la pintura con las palabras y gestos más hiperbólicos. La colgó en seguida sobre la cabecera de su cama, prometiéndome ponerla en igual sitio en su casa granadina de la Huerta de San Vicente, adonde, "para que lo pudiese comprobar", quedaba ya invitado a pasar el verano desde aquel mismo instante. En cuanto al soneto . . . Le gustó mucho en verdad, haciéndomelo repetir a esos amigos que siempre tenían invadido su cuarto. Era el homenaje de un poeta naciente que llegaba de los litorales atlánticos, de un pueblo marinero de la bahía de Cádiz, a él, ya gran río corredor de las altas montañas, dueño de espumas nuevas, en medio de las soledades andaluzas.

Sal tú, bebiendo campos y ciudades,
en largo ciervo de agua convertido,
hacia el mar de las albas claridades,
del martín-pescador mecido nido.

Que yo saldré a esperarte, amortecido,
hecho junco, a las altas soledades,
herido por el aire y requerido
por tu voz sola entre las tempestades.

Deja que escriba, débil junco frío,
mi nombre en esas aguas corredoras,
que el viento llama, solitario, río.

Disuelto ya en tu nieve el nombre mío,
vuélvete a tus montañas trepadoras,
ciervo de espuma, rey del monterío.

Aquél día, al despedirme en el jardín, recuerdo que me dijo: "Tú tienes dos cosas buenas para ser poeta: una gran retentiva y ser andaluz. Pero no dejes de pintar".
A pesar de no gustarme mucho este consejo, volví a mi casa más alegre que nunca.

Aquel piano

Lo primero que sorprendía en García Lorca era su simpatía, semejante a una puerta por la que entraba un mar que arrebataba todo; inmediatamente, su entusiasmo, su delirante pasión por aquellas cosas principales de que estaba dotado: que eran, sobre todo, la poesía y la música. El dibujo venía después. Federico, cuando estaba con gente, ya fuese mucha o poca, no podía pasar un sólo instante sin decir o hacer algo: como recitar poemas suyos o de otros poetas, ya antiguos o modernos, representar veloces escenillas teatrales que inventaba o cantar las horas y las horas acompañándose al piano. Porque en todas partes García Lorca encontraba un piano.
Uno grande, de cola, estuvo siempre abierto para el poeta en la sala de cursos y conferencias de aquella casa madrileña de los estudiantes. Si existe aún y levantásemos

1. *García Lorca y Luis Buñuel.*

2. *Lorca con Salvador Dalí.*

3. *Lorca con el pintor Manolo Ángeles Ortiz.*

4. *Don Fernando de los Ríos, profesor de Derecho de García Lorca, en una fotografía hasta ahora inédita.*

5. *García Lorca junto a su piano.*

6. Los cuatro muleros, *en la adaptación de García Lorca.*



3

su tapa, veríamos que guarda años enteros de melodías romancescas y canciones de España. La voz, las manos de Federico están enterradas en su caja sonora. Porque Federico era el cante (poesía del pueblo) y el canto (poesía culta): es decir, Andalucía de lo *jondo*, espontáneo, popular, y la tradición sabia de nuestros antiguos cancioneros. Aunque en algunos poetas contemporáneos suyos del sur, con Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez a la cabeza, pueda encontrarse esta misma veta, este recuperado hilillo de agua transparente, es García Lorca quien con más fuerza y continuidad representa esta línea. Su primer libro —*Impresiones y paisajes*—, aparece dedicado a su maestro de música, a su viejo profesor de piano. Dato revelador. Arranque rítmico y melódico de su poesía. Porque sabido es que la primera pasión que dominó los años infantiles y adolescentes de Federico fue la música, tanto, que cuentan sus amigos de entonces la gran sorpresa que causó a todos ellos el que un día, de pronto, les leyese el texto de aquel libro que había escrito en silencio durante los dos viajes veraniegos de estudios que bajo la dirección de don Martín Domínguez Berrieta, catedrático suyo en la Universidad de Granada, hiciera por pueblos y ciudades de Andalucía, Castilla y Extremadura. Pero aquella pasión, aquella su primera vocación musical no la abandonó nunca, sino que, por el contrario, le sirvió para unirla a su recién despierto don poético y para que en algunos de los momentos más subidos de su lírica o de su teatro, música y poesía pareciesen como una sola rama, trayendo así una gracia, una fuerza, un temblor, algo especial y nuevo que llegó a motivar uno de los mayores atractivos de la obra lorquiana.

Sí, en todas partes Federico encontraba un piano, aunque no como aquel que su madre, doña Vicenta Lorca, con fino gusto había traído y colocado en el salón de la casa granadina para que el hijo, un niño aún, iniciase su aprendizaje musical, con el pobre maestro aquel de la dedicatoria y al que ya nunca pudo apartar de su recuerdo. Pero de ese piano que para García Lorca se abría luego en todas partes, siempre salía algo de aquel primero de su niñez y adolescencia: arias de óperas olvidadas, fragmentos de viejas zarzuelas, que interpretaba deliciosamente, y sobre todo aquellos cantos y cantes, tan lejanos algunos, quizás oídos allá en los días de Fuentevaqueros y Villarubio, y que él sabía cantar con un gusto y una gracia muy suyos, reinventando a veces las melodías y las palabras, sustituyendo la fallas de su memoria con añadidos de su invención. Es decir, que en esto era Lorca como una fuente de poesía popular, manando con el mismo chorro verdadero, lleno de torceduras, ausencias e interrupciones, que alimenta a la memoria del pueblo. Aquel piano de cola, en aquel íntimo rincón de la Residencia, junto a aquella ventana por donde la madreselva florida asomaba su olor, recordará mejor que nadie la capacidad asombrosa de transformación, de recreación, de adueñamiento de lo de nadie y lo de todos, haciéndolo materia propia, que, como un Lope de Vega, poseía Federico. ¡El Pleyel aquel de la Residencia! ¡Tardes y noches de primavera o comienzos de estío pasados alrededor de su teclado, oyéndole subir de su río profundo toda la milenaria riqueza oculta, toda la voz diversa, honda, triste, ágil y alegre de España! ¡Época de entusiasmo, de apasionada reafirmación nacional de nuestra poesía, de recuperación, de entronque con su viejo y puro árbol sonoro! Junto a ese Pleyel he conocido anticipadamente muchas de las canciones populares que luego el mismo Lorca armonizaría para los discos fonográficos que hizo con Encarnación López, "La Argentinita", y en los que él también, con mucho ángel, la acompaña al piano. ¿Cómo olvidar, cantados en su voz baja y algo en sombra, *Los cuatro muleros*, el precioso romance de *Los peregrinitos*, *Las tres hojas*, la canción torera y fanfarrona. *En el café de Chinitas*, las salerosas *Sevillanas del siglo* XVIII, el *Zorongo* gitano, la *Nana del galapaguito*, el romántico *Contrabandista*, el zéjel arábigoandaluz *Las tres morillas* y tantas otras canciones que luego dispersó por su teatro y que sacaba como un agua fresca del pozo inagotable de su memoria? También estas sesiones de piano y de canto las presentaba a veces Federico como graciosos desafíos folklóricos, o exámenes más bien, entre él y algunos residentes ya iniciados en nuestros cancioneros.

—¿De qué lugar es esto? A ver si alguien lo sabe —preguntaba Federico, cantándolo y acompañándose—:

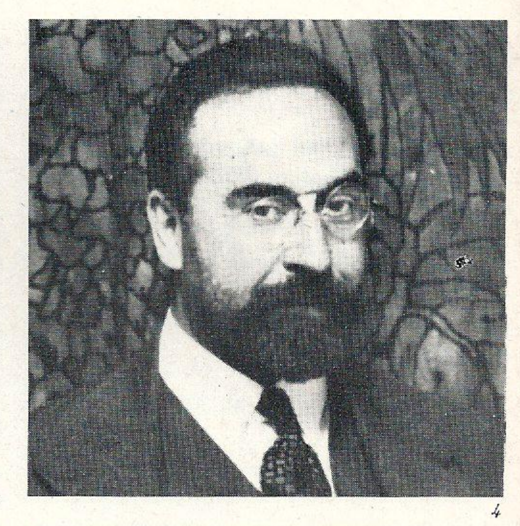
Los mozos de Monleón
se fueron a arar temprano,
¡ay, ay!,
se fueron a arar temprano . . .

En aquellos años de creciente investigación y renacido fervor por nuestras viejas canciones y romances, ya no era difícil conocer las procedencias.

—Eso se canta en la región de Salamanca —respondía, apenas iniciado el trágico romance de capea, cualquiera de los que escuchábamos.

—Sí, señor, muy bien —asentía Federico, entre serio y burlesco, añadiendo al instante con un canturreo de escolar: —Y lo recogió en su cancionero el presbítero don Dámaso Ledesma.

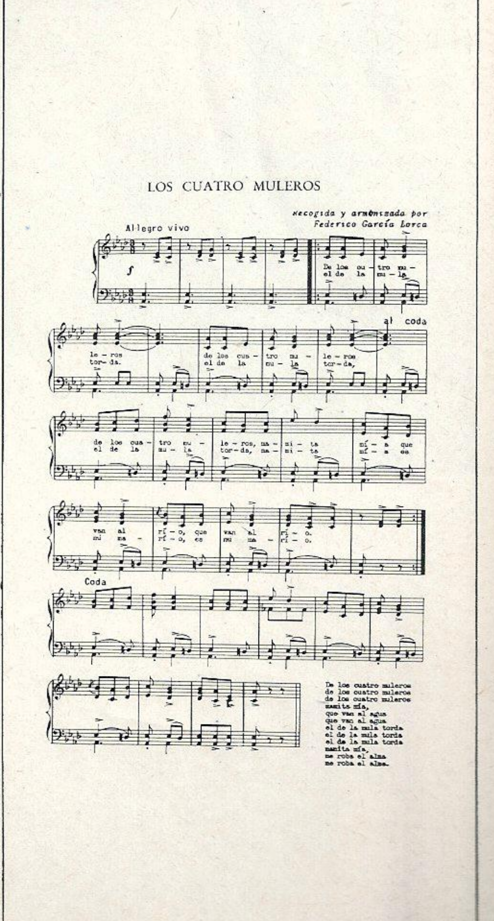
Otras veces, bajo los chopos y adelfas del jardín, o en su habitación, eran los desafíos poéticos, la lectura de los nuevos poemas. Por allí resonaron, recién escritos, los de *Presagios*, el libro inaugural de Pedro Salinas, y los de *Cántico*, de Jorge Guillén; por allí dije yo, con la timidez del más joven, canciones de mi *Marinero en Tierra*.



4



5



6

1. *Manuel de Falla, en un dibujo de Picasso.*

2. *En Granada, en la casa de Falla, con la clavicembalista Wanda Londowska, en 1923.*

3. *Anuncio del concurso de "Cante Jondo" organizado por iniciativa de Manuel de Falla y García Lorca en 1922.*

4. *La casa de Manuel de Falla.*

Juan Ramón Jiménez, ex residente ya en aquellos años, pasaba algunos atardeceres con nosotros, dándonos el gran ejemplo continuo de su perfecta vocación, elevada a religiosidad y ascetismo, mientras que el bueno de Antonio Machado, perdido siempre en la provincia, nos mandaba su eco desde la paramera de Castilla, eco que repetíamos de recio por aquella casa de la cultura, albergue de poetas, por donde se alternaban de cuando en cuando con las nuestras, voces de afuera como las de Paul Valéry, Claudel, Aragon, Eluard, Texeira de Pascoaes . . .

En aquel paisaje de juventud y trabajo, García Lorca, como un eterno estudiante siempre en vacaciones, vivía la mayor parte del año, hasta que se marchaba, por lo general muy entrado ya el verano, a su huerto de las afueras de Granada o a algún maravilloso pueblo de la Vega, de esos que tantas cosas dijeron a su poesía. Y allí, en los tirantes estíos andaluces, movidos de olivares y limoneros, no le esperaban ya aquellos pianos íntimos, cultos, de Madrid, sino las guitarras profundas de los patios y caminos recónditos, junto al alma *jonda* de don Manuel de Falla, claro norte en su formación musical y poética, además de entrañable amigo.

Don Manuel de Falla y Federico

Una mañana de finales de invierno —1946— llamaba yo con dos amigos —un pianista y un laudista famoso, Paco Aguilar— a la puerta de una casa, que más bien parecía una ermita, no perdida por cierto entre los montes morenos de nuestra Córdoba andaluza, adonde hubiera querido retirarse —en un futuro no lejano— quien la vivía. Pero los montes llevaban otro nombre y la ciudad que acogía al viejo ángel ermitaño que buscábamos, el muy precioso de Alta Gracia, en la provincia cordobesa de la República Argentina.

La mañana era hermosa. Cipreses, naranjos, aromos en el gualda supremo de su flor y un hálito delgado de violetas nos recibieron en la paz soleada del jardín de Los Espinillos, la ermita, digo, la casa donde Manuel de Falla —don Manuel— vivía en destierro voluntario, lejos de su Granada, ya para él cementerio de tantas cosas . . .

Rumores de pestillos y puertas, que se iban acercando, nos pusieron al fin delante del gran músico, pequeño y encorvado, fino y reverencioso, cubierto hasta los pies de un poncho de vicuña, cuya severidad y color pardo hacían pensar en la monástica estameña.

—¡Don Manuel!

Y el frailecito, después de abrazarnos emocionado, nos pasó a la solana, calentita del buen sol de la sierra y de la manzanilla sanluqueña —¡oh instantánea presencia nostálgica de Cádiz!— que María del Carmen, la hermana inseparable y única, nos ofrecía ya como saludo.

—La hemos buscado para usted, al saber que venía —dijo Falla, dirigiéndose a mí—. Yo no la bebo. Pero es de nuestra tierra. Una alegría sana e infantil se apoderó de todos. Don Manuel estaba contento. En medio de su soledad, aquella visita le traía, le removía —y no intentó disimularlo— las aguas más profundas, esas en cuyo fondo resonaba un nombre —España— y otro, también, que apenas yo me atrevía a pronunciar.

La visita era para un concierto —*Invitación a un viaje sonoro*—, una cantata a tres voces: laúd, piano y poesía. Sólo para Don Manuel. La acabábamos de dar en Córdoba, pero Falla —achaques siempre de salud— no había podido bajar de su retiro para oírla. Por eso nos invitaba, cariñoso, a Los Espinillos. "A la una y media en punto", nos había comunicado, hora exacta en que nosotros tocábamos a su puerta, conociendo y respetando su entusiasmo por el reloj, su amor a lo preciso, vieja característica de la vida y la obra del gran maestro andaluz.

Nuestro concierto se deslizó en la más suave y recogida intimidad. Don Manuel, arrebujado en un rinconcillo, perdido en su hábito de vicuña, reclinada en el pecho la cabeza de marfil, cruzadas las manos sobre las rodillas, lo escuchó atentamente, en esa actitud de recogimiento, sin cambiarla ni un instante. Sólo cuando yo en mis versos pronuncié los nombres de Granada, de Córdoba y Sevilla, un tinte sonrosado le circundó la piel alrededor del brillo de los lentes. ¡Noche en los jardines de España! ¡Jazmines y azahares de Córdoba! ¡Estanques y palmeras de Sevilla! ¡Fuentes y arrayanes del Generalife!

—Don Manuel —le dije, ya acabada nuestra cantata y ante una nueva copa de manzanilla servida por María del Carmen—: ¿recuerda usted la primera vez que le vi? Fue en Madrid. Creo que a comienzos de 1929. Se estrenaba, dirigido por usted, su "*Concerto para clavecín y conjunto de cámara*". Luego, algunos amigos cenamos con usted. Yo estaba a su lado. Hablamos todo el tiempo de nuestro Cádiz, del mar, de la Virgen del Carmen, paseada en procesión por la bahía . . . Usted entonces me prometió . . . ¿Se lo digo? Poner música a unas canciones de mi *Marinero en tierra*.

Falla, tan fino, tan lento cumplidor, se sonreía, pero contrariado.

—Ya sabe usted que yo no tengo tiempo para nada. Aún no he contestado a cartas recibidas en 1937 . . .

—No se preocupe, don Manuel. Estoy bromeando. Yo sé que le gustaron mis canciones. Me lo había dicho usted mismo en una carta que me envió desde Granada. ¿Sabe cuándo? En 1925. A raíz de recibir mi libro, que se lo envié a su "carmen" del Ave María, en la calle Antequeruela Alta, por consejo de Federico García Lorca.

Por fin, me había atrevido a pronunciar aquel nombre que él estaba temiendo. Hubo un silencio grande.

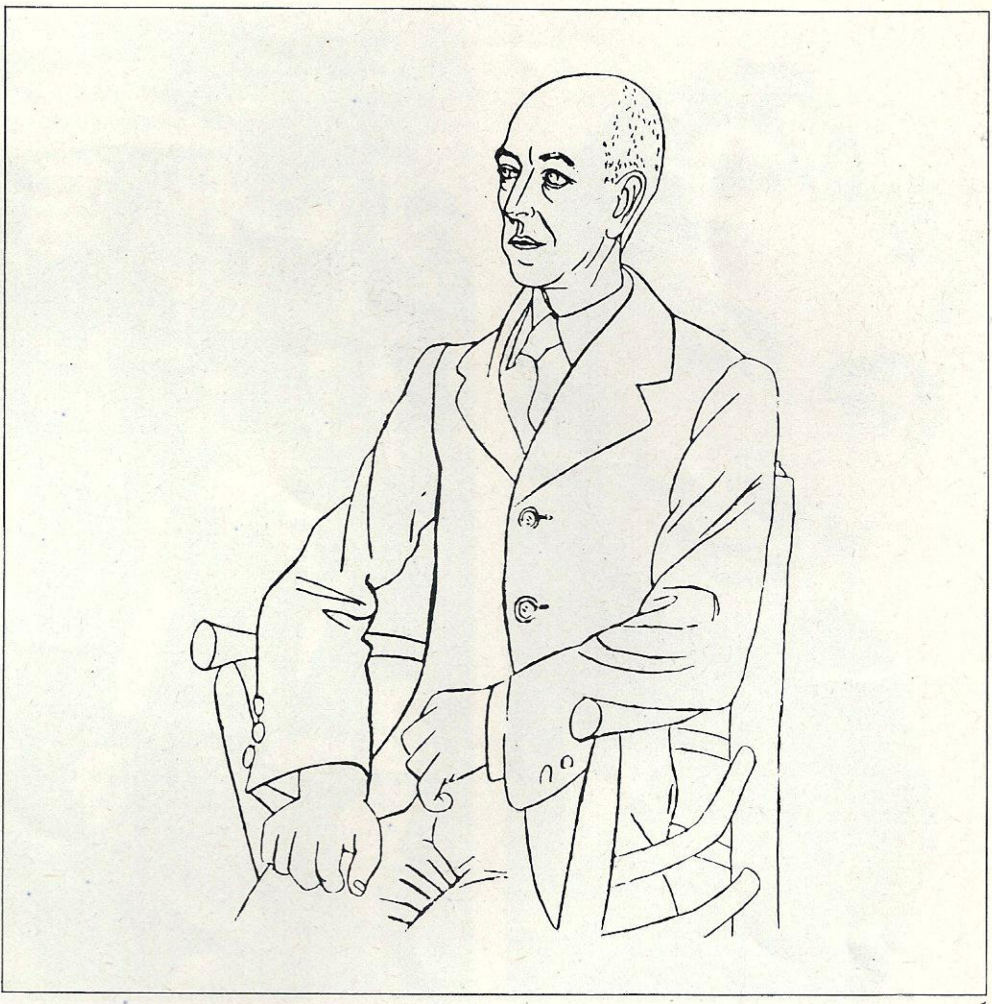
—Sí, es verdad.

Yo no quería preguntarle nada sobre Lorca. Yo sabía muy bien lo doloroso que le era hablar de una persona que la había querido tan de cerca, que la había visto casi nacer para la música, para la poesía y que la había sentido morir de manera tan trágica, a pocos kilómetros de su casa, sin que sus desesperadas súplicas ante las autoridades granadinas hubiesen servido para nada. Pero de todos modos, aunque le lastimase hablar de ello, a mí me interesaba saber de viva voz la amistad del gran compositor con el Federico de esos años en que su vocación musical se le remansa y comienza a mandar en él de manera imperante la poesía. Tanteé de nuevo.

—Usted, don Manuel, aunque ya antes había estado en Granada, volvió para instalarse allí de modo definitivo en el verano de 1920 . . . Y es a principios del 21 cuando comienza a preparar el Primer Concurso de Cante Jondo . . .

Nada. Sólo un ligero asentimiento de cabeza. Y más silencio.

Yo conocía la participación que don Manuel quiso dar a García Lorca en aquella fiesta, que tanta resonancia tuvo en los medios musicales del mundo, llenando a Granada en esos días de ilustres visitantes. Fue él quien encargó al joven poeta la conferencia sobre *La importancia histórica y artística del cante jondo* que, como introducción al certamen, pronunciara el 19 de febrero de 1922 en el Centro Artístico de la ciudad. En esa conferencia alude Lorca constantemente, con una inmensa admiración, a Falla, a sus opiniones definidoras de lo verdaderamente *jondo* y lo llamado más tarde *flamenco*. Se ve en ella cómo Federico ya está entrando de lleno en ese pozo de la angustia que es lo *jondo* andaluz, cómo ya ha puesto pie en aquella vereda, llena de ayes y lamentos oscuros, que ha de llevarlo a su pasión por lo gitano, a la herida profunda de su *Romancero*. "El *cante jondo* —dijo ese día Federico con apenas 24 años— canta siempre de noche. No tiene ni mañana ni tarde, ni montañas ni llanos. No tiene más que la noche ancha y profundamente estrellada. Y le sobra todo lo demás". Puede decirse que García Lorca adquiere su mayoría de edad poética a partir de esa época en que por obra y gracia de don Manuel de Falla se sumerge en un mundo apenas antes entrevisto, que es el de la antirretórica de lo popular, su entraña pura y viva, dolorosa, en la que Lorca, cavándola hasta el fondo, llegaría a encontrar, poco después, aquello que llamó en *Bodas de sangre* "la raíz del grito". Pero el inicio de ese camino fue sin duda el *Poema del cante jondo*, que comienza a escribir saturado de la atmósfera del certamen. Algunas de sus primeras poesías son leídas por el propio Fede-



1



2



3



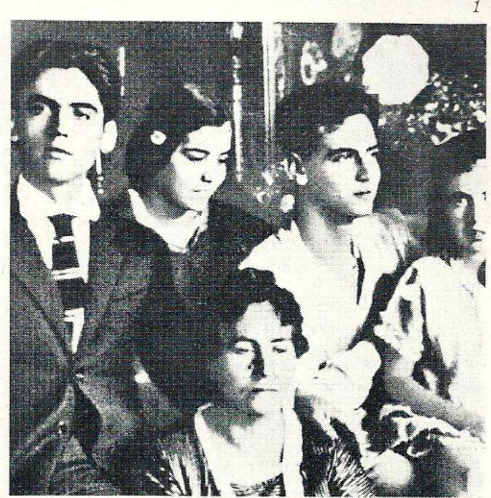
4



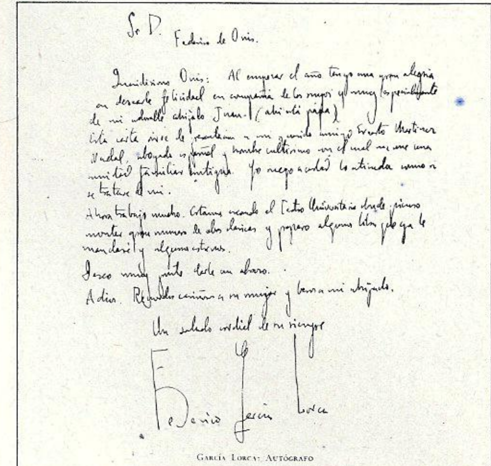
1



2



3



Sr. D. Federico de Onís.

Queridísimo Onís: Al empezar el año tengo una gran alegría en desearle felicidad en compañía de su mujer y muy especialmente de mi adorable ahijado Juan. (ahí está papá)

Esta carta se la presentará a Vd. mi querido amigo Ernesto Martínez Nadal, abogado español y hombre cultísimo con el cual me une una amistad familiar antigua. Yo ruego a usted lo atienda como si se tratase de mí.

Ahora trabajo mucho. Estamos creando el Teatro Universitario donde pienso montar gran número de obras clásicas y preparo algunos libros que ya le mandaré y algunos estrenos.

Deseo mucho pronto darle un abrazo.

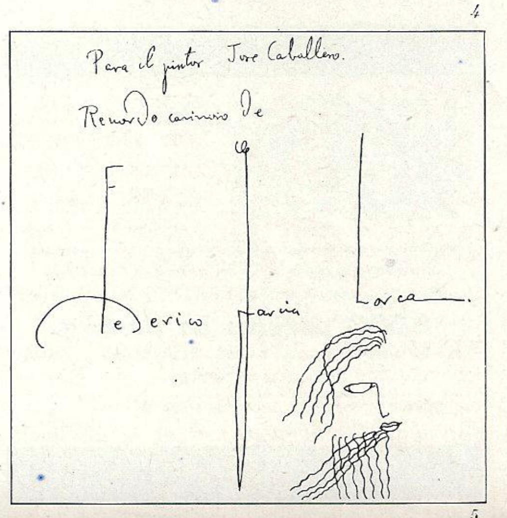
Adiós. Recuerdos cariñosos a su mujer y besos a mi ahijado.

Un saludo cordial de su siempre

Federico García Lorca

García Lorca: Autógrafo

4

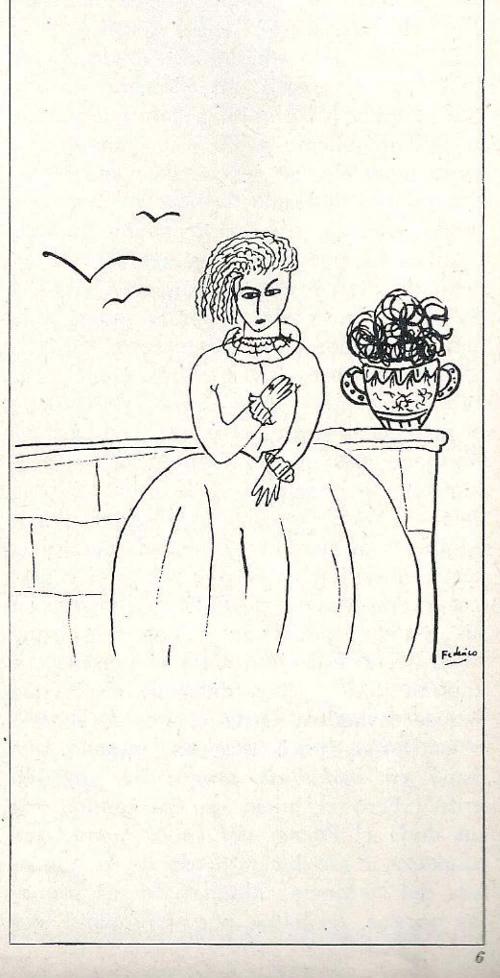


Para el pintor José Caballero.

Recuerdo cariñoso de

Federico García Lorca

5



6

1. La actriz Margarita Xirgu, intérprete de las principales obras de García Lorca.

2. Granada: recepción en honor de la Xirgu. Se ven en la fotografía García Lorca, de Falla, la actriz, y a la derecha, sentado, el padre de García Lorca, Don Federico.

3. Lorca a los veinte años, con su madre y los tres hermanos, Francisco, Concha e Isabel.

4. Una esquela autógrafa de García Lorca a don Federico de Onís.

5. Otro característico autógrafo.

6. Dibujo de García Lorca, de la colección de Prieto.

universitarios a Lope de Rueda, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina... Don Miguel de Unamuno, que los ve representar en Salamanca, les dice para animarlos: "Una cosa es la cultura y otra la luz. Eso es lo que hay que tener: luz". Y luz es lo que tienen, luz que Jean Prevost y Marcelle Auclair, traductores al francés de *Bodas de sangre*, ven en *La Barraca*, asegurando que es el mejor teatro universitario que han conocido.

En 1933 se estrena *Bodas de sangre* en el Teatro Beatriz, de Madrid, por la compañía de Josefina Díaz de Artigas. Primer gran éxito dramático de Lorca, que prepararía el clamoroso de Buenos Aires. Federico comienza a tomar contacto con la pobre realidad teatral española, con el problema vivo, del que ya tiene una experiencia positiva a través del paso de *La Barraca* por los pueblos, y arremete con toda valentía: "Digan lo que quieran, el teatro no decae. Lo absurdo y decadente es su organización". Y luego comenta con cierta tristeza: "Eso de que un señor por el mero hecho de disponer de unos millones se erija en censor de obras y definidor del teatro es intolerable y vergonzoso".

Indudablemente García Lorca tiene por el teatro una pasión cada vez más acendrada, un amor que querría hacer comunicativo y hasta contagioso, inventando, para hacerlo llegar a las mayorías, todas las soluciones. Una de ellas fue fundar, después de La Barraca, junto a la gran animadora Pura Ucelay, el Club Teatral de Cultura, que comenzó sus representaciones en el Teatro Español, en aquel mismo año 1933, con dos obras de Federico: *La zapatera prodigiosa* y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*. El poeta pidió que esos círculos teatrales se extendiesen por toda la península para concluir con las chabacanas diversiones pueblerinas, y como conoce muy bien al público, tanto que ha escrito una comedia, que él cree irrepresentable, titulada *El público*, vuelve a recordar su entusiasmo infantil por los cristobitas, los muñecos manejados torpemente por el guiñolero que recorre las plazas de los pueblos y emboba a chicos y grandes con sus alardes y desvergüenzas. Ayuda al pintor Miguel Prieto a fundar el guiñol La Tarumba y retoca para la escena una de sus primeras obras juveniles, *Los títeres de cachiporra*, cuyo estreno se hizo, ya muerto Federico, el año 1937, en el Teatro de la Zarzuela, que dirigía María Teresa León, con decorados de un gran amigo del poeta, Santiago Ontañón, en medio de un Madrid ya cercado y castigado a todas horas por los bombardeos.

Cuando Lorca volvió de Buenos Aires, asistí al homenaje que se le hizo por sus triunfos allí alcanzados. Fiesta inolvidable. En el amplio salón de un hotel de Madrid había instalado su guiñol. Estábamos como los niños de aquella lejana noche de Epifanía en la casa granadina de Federico. Iba a representarse una obra suya: el *Retablillo de don Cristóbal*. Cuando se descorrieron las cortinas de la pequeña embocadura, apareció Lorca, sonriente, en el papel del poeta que dialoga con el director. No se oía ni una mosca. Comenzó con aquella voz suya oscura y aterciopelada: "Hombres y mujeres, atención. Niño, cállate. Quiero que haya un silencio tan profundo que oigamos el glu-glú de los manantiales. Y si un pájaro mueve un ala, que también lo oigamos; y si una hormiguita mueve la patita, que también la oigamos..."

Ésta es, desde entonces, una de las imágenes más puras y frescas que conservo de García Lorca en sus años de mayor esplendor.

Llanto en la sombra

Una gran nube negra va a ensombrecerle a Federico el sol de aquellos días dichosos. Es aún 1934. Todavía le llenan los oídos las ovaciones argentinas. En España es primavera (una primavera cargada de malos presagios). García Lorca reanuda su dirección de La Barraca, recorriendo, incansable, pueblos y ciudades de todas las regiones. Se lo ve aparecer y desaparecer de Madrid. Pero habla, cuenta y grita su entusiasmo cuando pasa. Está lleno de proyectos. Al escritor Juan Chabás le dice estar concluyendo una nueva obra dramática que se llamará *La hermosa;* pero Federico no decía siempre las verdades sino las imaginaciones y por eso sus palabras tenían con frecuencia la exactitud de lo incierto. También anuncia que está concluida *La destrucción de Sodoma*, recordando, además, que tiene dos obras sin estrenar, *Así pasen cinco años* y *El público*, ambas comenzadas a escribir cuando estuvo en La Habana, pero que considera por el momento difíciles de llevar a la escena. Y cuenta todavía, como si es poco, con *Yerma*, a la que está dando los últimos toques. De todo esto hablaba García Lorca en su ir y venir con La Barraca, como Lope de Rueda en los días iniciales de nuestro teatro. Pero, de pronto, la noticia terrible: en Manzanares el Real, un pueblo de la Mancha, ha sido cogido gravemente por un toro Ignacio Sánchez Mejías. Luego, a las pocas horas, la gangrena, la muerte. ¡Qué inmenso desgarrón en el alma de Federico, qué enorme duelo para todos nosotros, poetas y escritores amigos del torero! Había muerto Ignacio en su ley, toreando, y como su genial cuñado, Joselito, en una plaza provinciana de segundo orden. Era en el mes de agosto y eran las cinco de la tarde. Siete años había que no pisaba un ruedo. Otra tarde de 1927, estando yo con él en Pontevedra, al terminar una corrida, había decidido, así de súbito, el retirarse del toreo. Dejaba Ignacio su valiente aventura para meterse en otra, en donde las cornadas son a veces más graves. Cambiaría la arena por las tablas: de matador de toros bravos a autor teatral. Un drama, *Sinrazón*, que le bullía en la cabeza, sería al año siguiente, con clamoroso éxito, su primer estreno. Luego, con "La Argentinita" y el entusiasmo de Lorca creó la compañía de bailes españoles, que adquiriría renombre universal. Pero la llamada del toro en medio de la arena con sol era más atrayente, al fin, que las fingidas luces de teatro. Y hacia fines de 1933 anunció a los amigos su propósito de volver al toreo. No, le dijimos todos, espantados. Pero Ignacio, duro y siempre voluntarioso, dijo que Sí, y en ese Sí ya estaba temblando su muerte. Tenía, cuando el toro "Granadino" le atravesó de parte a parte el muslo, mucha más de esa edad en que los toreros pierden el polen de las alas y es ya imposible el vuelo: cuarenta y cinco años. Había participado en 424 corridas y matado 880 toros, pero había bastado sólo uno para matarlo a él. Negro era el que le arrancó la vida, volcándole su sangre por la arena ya en sombra de la plaza. Yo estaba lejos, por el mar. Pero Federico, no. Andaba entonces por el norte deambulando con su teatro. Mas a los pocos días, en cuanto puede regresar a Madrid, se derrama en el *Llanto* por la muerte del gran espada amigo. ¡Oh, qué España terrible! García Lorca se estremecía de horror ante la sangre, pero tal vez por eso la cantaba. ¡Qué redoble más lento, más profundo halló para llorar aquella "sangre derramada" del torero, solo, lejos de todos, en el atardecer de un pueblo castellano!

¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.
...
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!

Él no quería ver la sangre del amigo y, sin embargo, también un mes de agosto y justamente a los dos años, Federico vería el derramarse de la suya en una triste madrugada granadina.

El drama en la calle

Comenzaba el año 1935. Y comenzaba pa-

amigos, cuando dormían, echando baldes de agua por debajo de las puertas. Las grandes reuniones *anaglíficas* se celebraban, por lo general, en la celda de Federico. Allí concurrían Dalí, el poeta Moreno Villa —quien en su autobiografía, *Vida en claro*, ha recordado también estas escenas—, Buñuel, desde luego, Pepín Bello y otros residentes admiradores del pintor y del poeta. Yo llegué en el momento de la edad de oro del juego. Los anaglifos consistían en una especie de mínimos poemas, ocurrencias graciosas, que constaban de tres sustantivos, uno de los cuales, el de en medio, había de ser "la gallina". La dificultad y la gracia de un buen anaglifo radicaba en que el tercer sustantivo no tuviese la más mínima relación con el primero. Veamos dos ejemplos:

El pin,
el pan,
el pun,
la gallina
y el comandante.

La cuesta,
la cuesta,
la gallina
y la persona.

El primero no era bueno, porque además de sobrarle dos palabras, el significado onomatopéyico de ella —que podía ser el disparo de un fusil— guardaba una evidente relación con "el comandante". El segundo, creo que de Pepín Bello, era todavía peor, ya que por una cuesta pueden subir tranquilamente la gallina y la persona. El anaglifo llegó a ser una verdadera epidemia. Hasta graves profesores, como don Américo Castro, cayeron en la tentación. Casi nunca se lograron buenos anaglifos. Se intentó en algún momento crear nuevos tipos, que no hicieron fortuna. Al final, fue García Lorca quien le dio la puntilla inventando el anaglifo barroco. Recuerdo éste:

Guillermo de Torre,
Guillermo de Torre,
la gallina
y por ahí debe andar algún enjambre.

A partir de esta inoportuna innovación, vino la decadencia y el anaglifo fue olvidado.

Podrá pensarse que Federico era no más que un puro juego, una pura alegría o diversión. Nada de eso. El alma de Federico estaba partida en sol y sombra, como la arena roja de las plazas de toros a la hora de la corrida. A la hora luminosa del juego, a la del sol, jugaba como nadie, con el piano, con la poesía, con el dibujo, con lo que fuese, siendo algo irresistible, ondulante, que a todos envolvía, y ¡ay! entonces de aquel que se quedase fuera. Pero de pronto, lo invadían la sombra, los extraños silencios y una obsesiva tendencia, que me sorprendió desde que lo conocí, a hablar de la muerte con cierto regodeo y confianza.

Antes de marchar García Lorca en la primavera del 25 a Cadaqués, invitado por la familia de Dalí, le oí leer en su cuarto su obra dramática —*María Pineda*—, terminada a fines del año anterior. Conservo, aún a tanta distancia, una gran sensación de tristeza de aquella lectura. La pieza, sobre una romántica heroína liberal, ajusticiada en Granada (1831), siendo más bien un cuadro estático, de poco dinamismo teatral, producía una honda impresión, como si se tratase de un drama consumado, quedando todos conmovidos al terminar. El precioso romance de la corrida de toros en la plaza de Ronda —seguramente el primer poema con tema taurino que escribió—; el otro sobre el fusilamiento del general Torrijos en las playas de Málaga; las estrofas finales sobre la libertad que dice Marianita cuando va hacia el cadalso; la misma canción popular —*¡Oh qué día tan triste en Granada!*— con que comienza y acaba la obra, incluso las escenas donde lo dramático se remansa, fue leído por Lorca con tan angustiado acento, con tan patética emoción, que ahora, al recordarlo, después de conocer su muerte, pienso que en aquella lectura temblaba como un anticipo de aquel inmenso sufrimiento que debió padecer el poeta camino de su sacrificio.

Cuando ya en casa de los Dalí organiza también una lectura de *Mariana*, el efecto —según cuenta Ana María, la hermana del pintor— que les produjo la obra, leída por él, fue asimismo de angustia y de llanto. El padre se entusiasma con Lorca, hasta proclamarlo el poeta más grande del siglo, la hija, aún más, tanto que, durante mucho tiempo, ya Federico en Madrid y Granada, se cruza entre los dos una correspondencia llena de gracia, de poesía y ternura. ¡Días felices los de Federico en Cadaqués, tal vez los más felices de su vida! Cuando lo deja, se va obsesionado con el mar y la playa, con los olivos, con la luna, con las trenzas de Ana María, con el talento que ve en Dalí, no sólo de pintor sino de poeta, considerándolo ya —en carta al crítico de arte Sebastián Gasch, otro nuevo amigo— la mayor gloria de *Cataluña eterna*. Se propone entonces hacer un estudio sobre él, pero en vez del estudio le ha escrito ya una *Oda*, que publica —abril de 1926— en la *Revista de Occidente*.

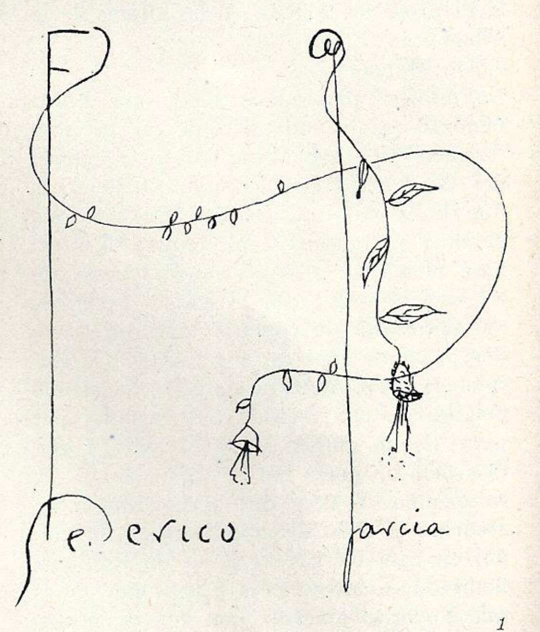
¡Oh Salvador Dalí de voz aceitunada!
Digo lo que me dicen tu persona y tus cuadros.
No alabo tu imperfecto pincel adolescente.

1. Otra versión de la firma autógrafa de García Lorca.

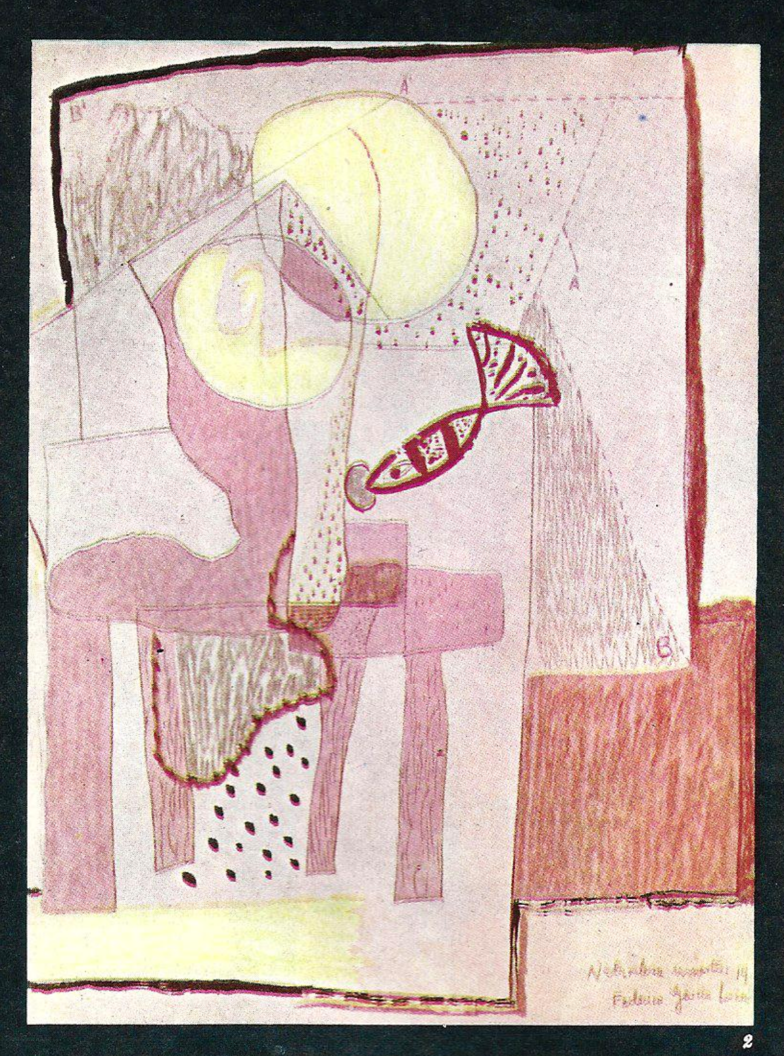
2. García Lorca, Naturaleza muerta.

3. Boceto de una escena, dibujado por Lorca.

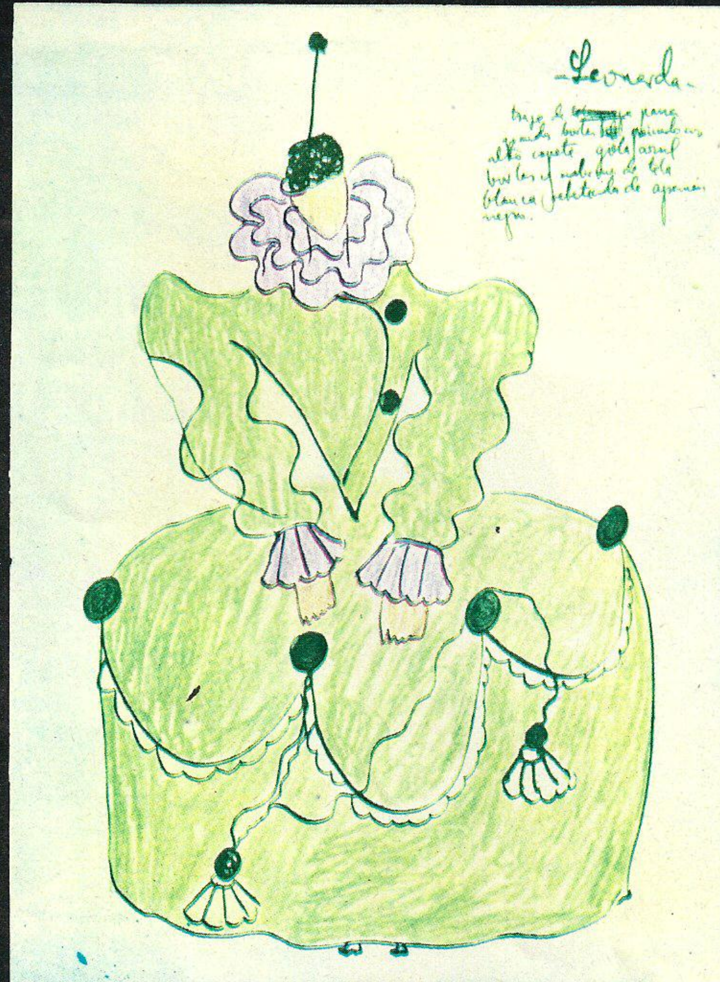
4. García Lorca, dibujo.



1



2



3

4



1

1. Recibimiento en honor de Luis Cernuda: entre otros, Aleixandre, Lorca, Salinas, Alberti, Neruda, Bergamín, Altolaguirre, María Teresa León.

2. Dibujo de García Lorca.

3. Los amigos de Lorca: Pedro Salinas, el torero Ignacio Sánchez Mejías, Jorge Guillén; atrás: Bergamín Barga, Aleixandre, Lorca y Dámaso Alonso.

4. Arco árabe de la Casa del Polinario, en la Alhambra, taberna en la que se reunían los amigos de la Residencia.

pero canto la firme dirección de tus flechas.

. .

Canto el ansia de estatua que persigues sin tregua,
el miedo a la emoción que te aguarda en la calle.
Canto la sirenita de la mar que te canta montada en bicicleta de corales y conchas.

Pero ante todo canto un común pensamiento
que nos une en las horas oscuras y doradas.
No es el Arte la luz que nos ciega los ojos.
Es primero el amor, la amistad o la esgrima.

Es esta *Oda* el mayor elogio que puede hacerse a un amigo y pintor, al Salvador Dalí de aquel áureo momento juvenil, que construía sus cuadros con una precisa inteligencia, con una mediterránea claridad, lejos aún de las invenciones y visiones oníricas del Dalí parisino, admirado de Breton, colaborador de Luis Buñuel en *Un perro andaluz* y *La Edad de Oro*. las dos obras maestras del cine surrealista.
Todavía en 1927, volverá García Lorca a Cadaqués, a preparar con Dalí las decoraciones para *Mariana Pineda*, que estrenará en Barcelona Margarita Xirgu, estreno del que tiene temor, por considerar la obra muy distante de su concepto lírico y dramático de aquel momento. Pero a pesar de esto, Federico se entusiasma con los decorados de su amigo, con el trabajo de la Xirgu, pasando de aquel primer estado de depresión al de mayor optimismo. La obra tuvo un mediano éxito, durando pocos días en el cartel. Los amigos catalanes, con Gasch y Dalí al frente, todavía organizan a Lorca, con quien están maravillados, una exposición de sus dibujos y un banquete de despedida. Y Federico sale para Granada, donde proyecta con otro grupo de fieles amigos la revista *Gallo*. En el segundo y último número —primeros meses de 1928— publica, junto a dos dialoguillos suyos en prosa —*El paseo de Buster Keaton* y *La doncella, el marinero y el estudiante*—, el *Manifiesto antiartístico catalán*, en cuya concepción había intervenido con Dalí, durante los días de Cadaqués, y que ahora firman Sebastián Gasch, Luis Montanyá y el propio Dalí, a quien el número de la revista no le gusta. En cartas sucesivas a Gasch le pide que insista ante el pintor para que vaya a Granada. Dalí le sigue escribiendo, pero no va. Sale, en cambio, para París, donde se convertirá en poco tiempo —lástima grande— en uno de los más escandalosos y exhibicionistas pintores de nuestra época.

No es el Arte la luz que nos ciega los ojos.
Es primero el amor, la amistad o la
esgrima.

¿Qué fue de la amistad con Federico? No lo sé. Pero sí sé que, luego de romper con Buñuel con motivo del film *La Edad de Oro*, por no estar de acuerdo con el rumbo político del cineasta, y mientras García Lorca era fusilado en los primeros días de agosto de 1936 en su Granada, Salvador Dalí se preparaba para pintar en Nueva York el retrato del representante franquista.

Líneas y colores

En el invierno de 1926, estando yo en Rute, un dramático pueblo de la Sierra Morena de Córdoba, recibí una brevísima carta de García Lorca, que decía:

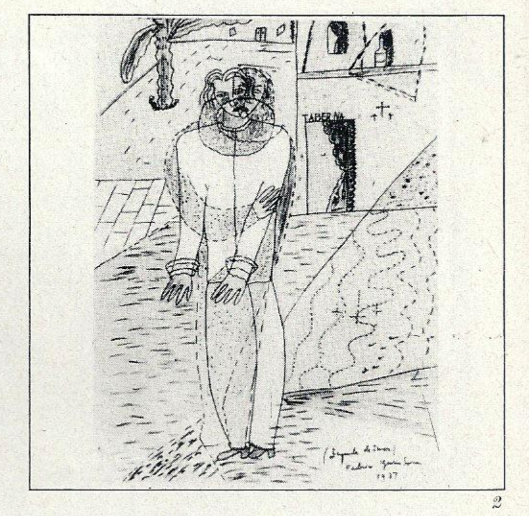
Querido primo; ayer tarde hubo aquí una gran tormenta. Dime, por favor, si también la hubo ahí. Trabajo entregado a la poesía, que me hiere y me manda.

¡Adiós!
¡Al molino del amor,
por el toronjil en flor!
¡Adiooós!

Abrazos, Federico.
¿Cuándo vienes a Granada?

Esta pequeñísima y curiosa carta —desgraciadamente perdida, con tantas otras cosas, durante la guerra civil española—, escrita en la imposible caligrafía del poeta, venía acompañada de un dibujo, mínima ilustración a los versillos y firmada prolongando la F de su nombre, cosa que también solía hacer con la G y la L de sus apellidos. Pienso ahora en los dibujos y las cartas de Lorca aún no descubiertos o quizás perdidos definitivamente, pues algunos amigos suyos, menos conocidos, murieron en la guerra. El dibujillo que me mandaba pertenecía todavía a su manera infantilista, a esa edad genial en que los niños se tropiezan con la divina dificultad de "querer hacerlo bien", saliéndoles al fin maravillosamente "mal". Lo "mal" en Federico era precisamente lo bueno con respecto al dibujo correcto o académico en que caen esos mismos niños cuando dejan de serlo y [illegible] primer genialidad les desaparece. Lorca, cuando cogía unos lapicillos de colores o la misma pluma con que escribía sus poemas, seguía teniendo una frescura de fontana, una gracia como de juego en la calle, de sonrisa de patio, de gallo de veleta, de todo aquello que había visto —u oído— no sabía cuándo con los ojos de su niñez granadina: jarrones con peces y flores, vírgenes atravesadas por puñales, niñas en las ventas y azoteas, ángeles de las torres, manolas, arlequines, bandoleros y marinerillos ebrios y enamorados, todos los temas y figuras de su poesía lírica y dramática, hasta el momento del *Romancero gitano*, un año antes de marchar a Nueva York, época en que cambia su estilo, contagiado sin duda por la atmósfera surrealista que ya se expandía por casi toda Europa. Pero no por eso Lorca pierde esa nativa espontaneidad que lo acompañó siempre. Aunque por lo general lo que ahora dibuja o colorea sea distinto, se nota que es la misma mano con un nuevo temblor. Ha pasado de lo directo a lo indirecto, de lo visto a lo entrevisto, de lo real a lo soñado, pero no como nebulosa, pues siempre hay un asidero, un claro hilo conductor que da al misterio una mayor profundidad y atractivo. El dramatismo de esta nueva etapa coincide con su obra poética del momento, lejos de lo popular de sus primeros libros, incluso de lo gitano, recién abandonado. Pero Federico está allí: en esos trazos negros como culebrinas, entre los que aparecen, solos, unos labios; en ese ojo que nos mira llorando enredaderas o desprendido de la cara y convertido en hoja bajo la palma de una mano; en esas líneas laberínticas que después de recorrer un extraño camino, acaban resolviéndose en diminutos pies o en marañas de rayos y cabellos . . . Son tristes y hasta lúgubres muchos de los dibujos de estos años. En ellos aparecen constantes lágrimas o sangre que brotan de una boca, de unas manos cortadas, de unos rostros sin ojos . . . Hay algunos con palabras escritas —como Amor, ¡Ay!, Aaaa, Nostalgia . . .— que los hacen más inquietantes. Pero hay sobre todo uno que tiene, como muchos poemas de su vida, el escalofrío anticipado de su muerte. Se trata sencillamente de la firma, que dedica a Margarita Xirgu. Al poeta, en este dibujo, donde enlaza con una enredadera de mustias campanillas la F de su nombre con la G de su primer apellido, se le ha quedado algo lejos, como solo el Lorca, una L prolongada hasta la altura de una luna deshecha en llanto sobre las demás letras, con otra luna abajo reflejada, compuesta con las gotas de lágrimas vertidas. ¡Qué soledad, qué pena tiene este dibujo, esta L abandonada en la noche como si ya al poeta le hubiesen enterrado parte de su nombre y sólo le quedase ella, alto palo de una cruz sin brazos recordando el lugar del martirio! Dijérase que ésta fue su última firma.

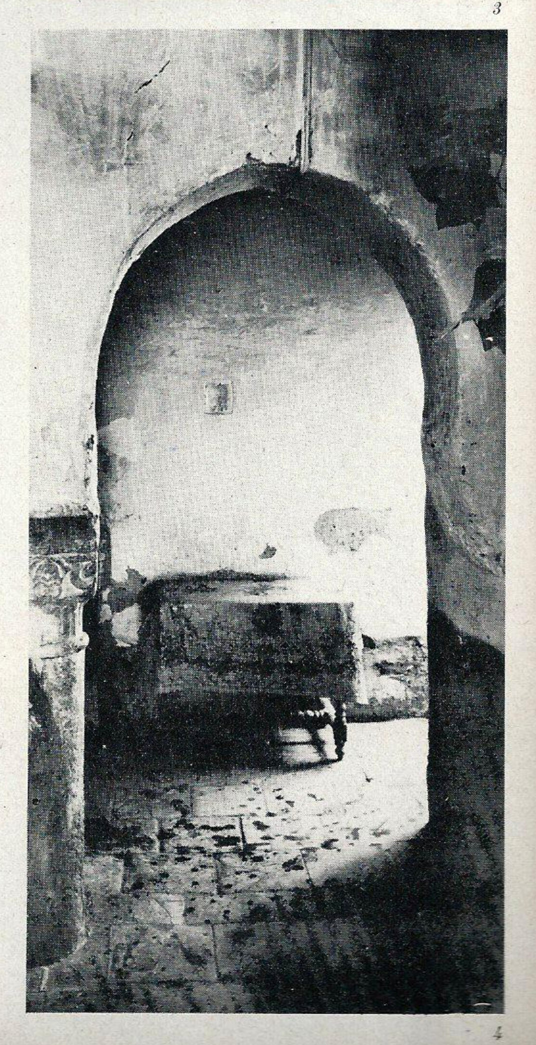
Nadie, ni al que le pueda parecer un don menor esto de dibujar de García Lorca, podrá ya concebirlo sin esas líneas y colores que enguirnaldan su poesía. "Los dibujos que publicáis, te quedas tú con ellos. Te los regalo" —escribe a Sebastián Gasch desde Granada—. Todo lo regalaba Federico. Sintamos ahora nosotros estos



2



3



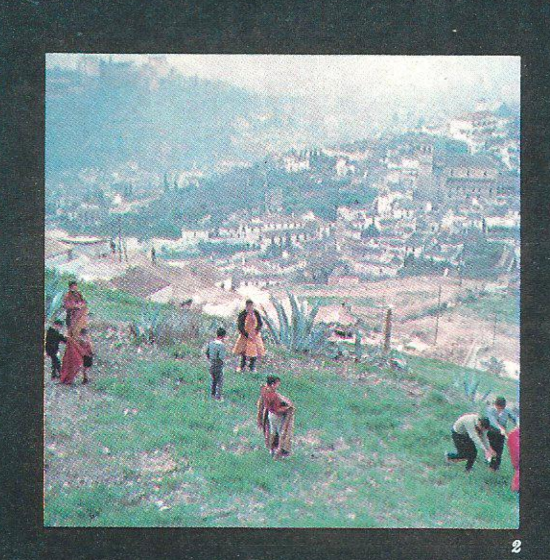
4



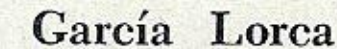
García Lorca

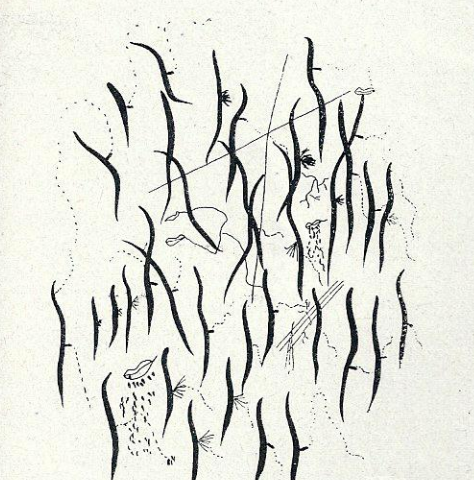
1. La virgen de las siete espadas, *célebre dibujo de García Lorca, perteneciente al pintor Prieto.*

2. *Tauromaquia en el Monte sagrado, en Granada, en una foto de Tony Saulnier.*

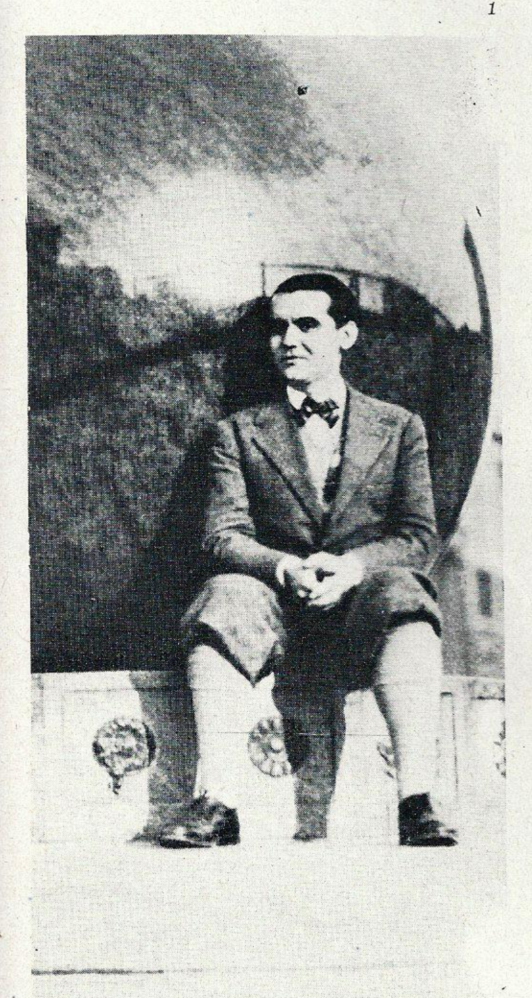


2

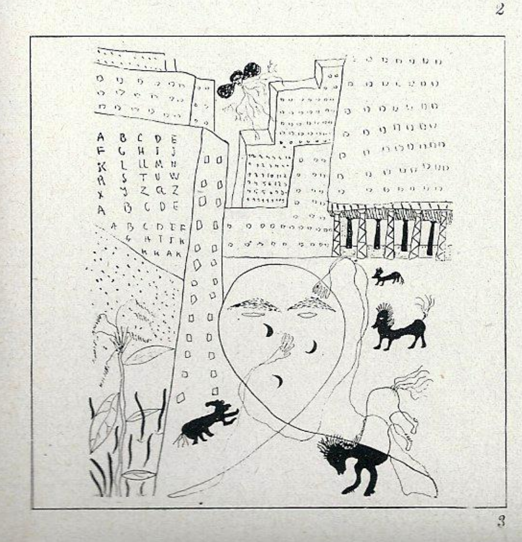




1



2



3

dibujos suyos como un regalo para todos y como un signo más de su maravilloso paso por la tierra.

Góngora y Sánchez Mejías

Creo que a finales de 1926 o a comienzos del 27, Federico iba a conocer a otra de las personas que llegaría a ser central en su vida y en su poesía. Yo lo había conocido un poco antes, gracias al entusiasmo de José María Cossío, sabio en cuestiones literarias y taurinas, quien seguramente también se lo presentó a Lorca. Se trataba de Ignacio Sánchez Mejías, un gran torero, matador de toros en los días áureos de Joselito y Belmonte. No era Ignacio un torero de extración popular, como la mayoría. Hijo de un conocido médico de Sevilla, llegó a cursar algunos años del bachillerato. Pero la muy andaluza vocación por los toros lo lleva a torear con otros muchachillos de la afición por campos y dehesas, conociendo entonces a Joselito, su futuro cuñado, quien conseguiría ser uno de los más grandes espadas de todos los tiempos. ¡Qué hombre más extraordinario e inteligente aquel torero! ¡Qué rara sensibilidad para la poesía, y sobre todo para la nuestra, que amó y animó con entusiasmo, ya amigo de todos.

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza.

diría luego García Lorca de él. Porque Ignacio en lo físico y en todo, no era un andaluz de gitanería, sino ese otro, clásico, grave, perfilado y severo de la Sevilla romana de Trajano. Mas a pesar de su aire pensativo, solía ser divertido, gracioso, burlón y hasta algo pesado en sus frecuentes bromas, un tanto infantiles.

Por aquellos días en que Federico lo conoce, ardía nuestra batalla por don Luis de Góngora. Se avecinaba la fecha del tricentenario de su muerte. Poeta vilipendiado en casi todos los manuales literarios al uso, se sabía que la Real Academia de la Lengua declararía la guerra del silencio a tan magna fecha. Y todos ya estábamos alzados en armas para defender y a la vez ensalzar al autor genial de las *Soledades.* García Lorca rompe el fuego dando una conferencia en Granada sobre *La imagen poética de Góngora*, quien —según Jorge Guillén— "enseñaba a Federico su lección de lucidez. Lucidez compensadora, porque él sentía más que nadie el misterio de la inspiración: su duende". Y comienza también a escribir una *"Soledad"* en honor de don Luis, *Soledad* que incluso no llegó a terminar sino que "tras escrúpulos y vacilaciones —y es el propio Guillén quien lo cuenta— fue arrojada al cesto de los papeles".

Como quien se tira al ruedo, Sánchez Mejías se lanzó con arrojo en nuestra guerra gongorina, aficionándose a las *Soledades*, llenándose la memoria de los más difíciles y ceñidos arabescos de Góngora. Ignacio se había retirado aquel año del toreo, cambiando su vocación taurina por la del teatro, convirtiéndose en autor dramático y en uno de los más grandes admiradores de nuestra generación. Tan feliz se encontraba con nosotros, que un día nos metió a todos en un tren y nos llevó a Sevilla. En el grupo, junto a Dámaso Alonso, Jorge Guillén, José Bergamín, Gerardo Diego, Juan Chabas y yo estaba Federico. Al llegar, Luis Cernuda, un joven poeta sevillano, apenas conocido entonces, se incorporó a nosotros.

Las veladas poéticas tuvieron lugar en el Ateneo. Los sevillanos son estruendosos, exagerados hasta la locura. Jalearon no sólo las difíciles décimas de Guillén sino hasta las más complicadas estrofas de las *Soledades*, recitadas por Federico y por mí. Pero el delirio rebasó la sala cuando García Lorca dijo algunos de sus romances gitanos. El auditorio se convirtió en público de plaza de toros. Se agitaron pañuelos como ante la mejor faena, habiendo gente que al final de la lectura le arrojó la chaqueta, el cuello y la corbata. En aquel viaje Federico fue el rey, rodeándose de nuevos admiradores que lo seguían por la calle como al más popular de los toreros.

Una de aquellas noches, Sánchez Mejías organizó una fiesta en su casa —Pino Montano— de las afueras de Sevilla. Al llegar, lo primero que hizo con nosotros fue vestirnos de moro. Con aquel indumento, se recitaron nuevamente poemas, se bebió y se entabló el cante. Gran emoción y alegría fue para García Lorca al ver aparecer a Manuel Torres, el "Niño de Jerez", aquel gitano y "cantaor" genial que había conocido en Granada cuando el "Certamen de *Cante Jondo*", organizado por él y don Manuel de Falla. Después de unas cuantas rondas de manzanilla, el gitano comenzó a cantar. Parecía un bronco animal herido, un terrible pozo de angustia.

—¿De dónde sacas esas coplas? —se le preguntó.

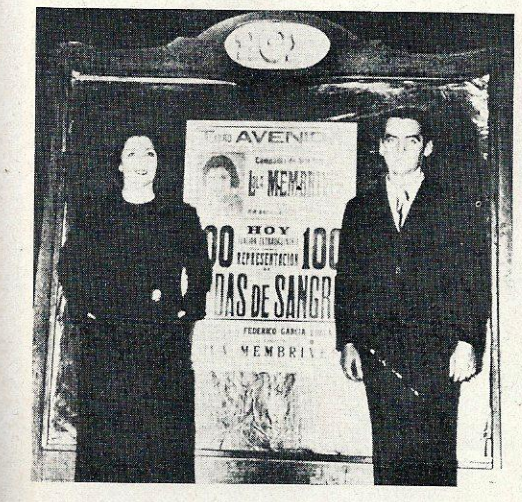
—Unas me las invento, otras las busco.

Manuel Torres no sabía leer ni escribir. Pero eso sí, su conciencia de "cantaor" era perfecta. Aquella noche se lo oyó decir, con seguridad y sabiduría iguales a las que un Góngora o un Mallarmé hubieran demostrado al hablar de su estética:

—En el *cante jondo* lo que hay que buscar siempre, hasta encontrarlo, es el tronco negro de Faraón.

¡El tronco negro de Faraón!

Como era natural, de todos los allí presentes fue García Lorca el que celebró con mayor entusiasmo la inquietante expresión empleada por el "cantaor" jerezano. Nadie —pienso yo ahora— en aquella mágica y



1, 3. *Dos dibujos de Lorca, hechos en los Estados Unidos.*

2. *Lorca en la Universidad de Columbia, en Nueva York.*

4. *En Buenos Aires, García Lorca y la actriz Lola Membrives, frente al cartel que anuncia la representación de* Bodas de sangre.

marcada noche de Sevilla, halló términos más aplicables a lo que Federico buscó y encontró en la Andalucía gitana que hizo llamear en sus romances y canciones. Cuando en 1931 el poeta de Granada publica su *Poema del cante jondo*, escrito casi diez años antes, en la parte titulada "Viñetas flamencas", aparece la siguiente dedicatoria: *A Manuel Torres, "Niño de Jerez", que tiene tronco de Faraón.* Las palabras del gran gitano seguían fijas en su memoria.

Pocos meses después de este viaje, la editorial de la *Revista de Occidente* creaba una colección para la joven poesía española, inaugurándola con dos libros hoy insignes: *Cántico*, de Jorge Guillén, y el *Romancero gitano*, que fue sin duda alguna el éxito más grande de todos aquellos años. Antes de aparecer, había recorrido ya parte de su camino para esa inmensa resonancia. El secreto de ella quizás estuviese en la claridad, envuelta a veces en un dramático misterio, de estos poemas. Como dice muy bien Max Aub —escritor soterrado de aquella generación, cuyos mejores frutos en la crítica y en el teatro los daría años después, ya en el destierro—, "con el romance de Federico vuelve la historia, vuelve el cuento dramático, vuelve a la poesía española una corriente sojuzgada por el modernismo, por el 'arte por el arte' de los que no sabían —o no querían— aunar la anécdota a la poesía (en el concepto que tenían de ella)". Pero el romance lo había traído nuevamente otro andaluz, Juan Ramón Jiménez, su gran hallazgo alado, flexible, musical, frente a las formas métricas duras y caprichosas del modernismo. Poco después de él, otro gran poeta andaluz, aunque castellanizado, Antonio Machado, escribe *La tierra de Alvargonzález*, una terrible historia romanceada en llano estilo. Pero el romance de García Lorca es otro. Su anécdota real sucede casi siempre cargada de secreto, escapando a veces —como en el *Romance sonámbulo* o en el de *La pena negra*— a todo claro intento de relato. Aquel "tronco negro de Faraón" que compendiaba para Manuel Torres toda la angustia, la atmósfera de catástrofe sentimental, herida ancha, *jonda*, borboteando pena y odio inconcretos, equivale en los mejores romances de Federico a ese fuerte latido de misterio, a esa oculta neblina de drama, de los que parece que va a desprenderse, dibujado, un suceso, un hilo conductor, pero que queda entrecortado, difuso, perdido, sin final. García Lorca, sobre las piedras del antiguo romancero español, con Juan Ramón y Machado, puso otra, rara y fuerte, a la vez sostén y corona de la vieja tradición castellana. Ésa fue su novedad, lo que le trajo su fulminante éxito.

Todavía, en medio de aquellos días gongorinos y sevillanos, Ignacio Sánchez Mejías presentó a Federico otro poeta: Fernando Villalón Daoiz, brujo, espiritista, hipnotizador, ganadero y conde de Miraflores de los Ángeles. Federico se fascinó con él, y mucho más después que le contara que su ideal de ganadero era el de conseguir una raza de toros bravos que tuvieran los ojos verdes. Seguramente se marchó García Lorca de Sevilla obsesionado con aquellos extraños ojos, que tal vez recordara cuando años más tarde escribía el *Llanto* por la muerte del amigo torero.

El poeta en Nueva York

Cuando en la primavera de 1929 Federico García Lorca, torturado por una gran depresión sentimental, a la que alude repetidas veces en cartas a los amigos, decide marcharse a Nueva York, ya es uno de los poetas nuevos de mayor prestigio de España. Aunque rezagadamente, ha publicado casi toda su obra juvenil: *Impresiones y Paisajes, Libro de poemas, Canciones*, en segunda edición, y el *Romancero gitano*. Tiene escrito *Poema del cante jondo* y ha comenzado el libro de las *Odas*, que nunca completará pero del que ya ha dado a conocer la dedicada a Salvador Dalí y la *Oda al Santísimo Sacramento del altar*, en homenaje a don Manuel de Falla. Ha estrenado dos obras dramáticas, una casi de adolescencia, *El maleficio de la mariposa*, y otra, su primer ensayo teatral más serio, *Mariana Pineda*, que primero da a conocer la Xirgu en Barcelona y luego en Madrid. Ha terminado la primera versión de *La zapatera prodigiosa* y la picante farsa *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*. Ha dado conferencias y lecturas por casi todas las ciudades principales de España. Ha lanzado en Granada el clarinazo de la revista *Gallo*... Podría pensarse que se marcha contento a Nueva York, deseoso de huir de la causa de su tortura y zambullirse pronto en aquella ciudad, que aun antes de llegar a ella —según confiesa desde Granada en carta a su amigo chileno Carlos Morla— le parece horrible. Pero aquel viaje —aclara— le conviene y es importante en su vida. El viaje lo hacía con su viejo maestro de Derecho don Fernando de Los Ríos, uno de los conductores más distinguidos del socialismo español.

Antes de embarcar, Federico pasa por Madrid, donde los amigos lo despiden con una comida. ¡Adiós a la Residencia, al piano de sus canciones, al viejo Pleyel de de los años felices! García Lorca se iba a Norteamérica sacudido también por la hora de España, aquel ciclón político que ya se avecinaba contra la dictadura y la monarquía y cuyas primeras ráfagas hacían temblar las calles madrileñas en oleadas ciegas de estudiantes contra los caballos de la guardia civil. Es el momento en que nuestras conciencias están exacerbadas, nues-



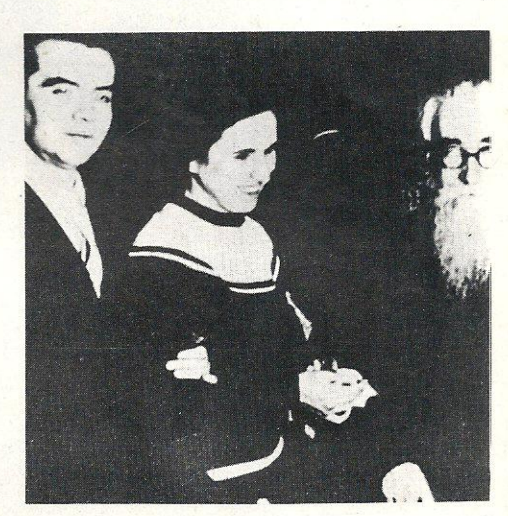
1



2



3



4



5



6



7

1. Algunos integrantes de la compañía teatral "La Barraca" creada por el poeta. Entre otros, García Lorca, su hermana Isabel y Pedro Salinas.

2. Isabel con el uniforme de "La Barraca".

3. García Lorca con la actriz Josefina Díaz Artigas en Madrid, para la representación de Bodas de sangre.

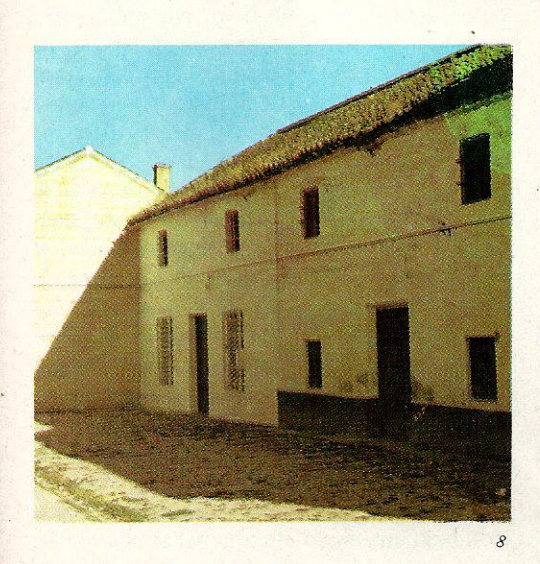
4. Lorca con Pura Ucelay, directora del Club Teatral "Anfistora", y don Ramón del Valle Inclán.

5. María Teresa León en Don Perlimplín, *representado en memoria del poeta en 1937.*

6. Escena de Doña Rosita la soltera.

7. Granero con los títeres de García Lorca en Granada, en una foto de Tony Saulnier.

8. La casa de Bernarda Alba, en la que se inspiró el poeta para su drama.



8

tras ideas estéticas confundidas, el momento en que el surrealismo irrumpe en Madrid, de la mano de Luis Buñuel, con su desconcertante película *Un perro andaluz*, "imagen —como diría luego Sadoul— de una juventud convulsionada". Por todas partes resuenan gritos de protesta: en las calles, en los cafés, en los teatros... Se había creado un clima de violencia que nos fascinaba. Unamuno mandaba desde su destierro de Hendaya cartas y poemas panfletarios contra Primo de Rivera, espadón divertido y jaranero, sostenedor aún del trono tambaleante, mientras que don Ramón del Valle Inclán, agitando las silvestres barbas y el único brazo que le queda, entabla desde cualquier parte su duelo a muerte contra el "esperpéntico" general, quien llega, en memorable nota aparecida en los diarios, a llamarlo: "ese tan gran escritor como extravagante ciudadano". Todo parecía que se tambaleaba, que al cabo de tan largos años de aparente estabilidad, al edificio de la vieja monarquía borbónica ya no bastaba la espada de un pintoresco general para sostenerlo. Y Federico entonces se marcha a Norteamérica —primera salida suya de España—, abriendo allí a su poesía un extraño paréntesis de confusión y sombras. Algunos de los poemas iniciales del libro que más tarde sería *Poeta en Nueva York*, aparecieron en revistas madrileñas o en otras provenientes de la isla de Cuba. ¡Qué espadazo tajante en la garganta del poeta granadino! Cuando llega en junio a Nueva York, se instala en la Universidad de Columbia, en donde lo acoge la cálida amistad de uno de sus viejos amigos de Madrid, el profesor Ángel del Río, quien será luego el primer relator de este extraño período norteamericano de Lorca. Federico entra en la monstruosa ciudad como quien va a pasar "una temporada en el infierno". Luis Felipe Vivanco dice muy atinadamente que el libro que allí hizo podría llevar muy bien como título el de Rimbaud. El poeta granadino choca violentamente contra las duras aristas de Nueva York, a quien, para empezar, le niega la alegría pura de la aurora, el despertar humano de la gente.

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

Es tal la convulsión sufrida en lo hondo de su ser, que García Lorca, acabado de salir del dramatismo desinteresado, con acento andaluz de copla *jonda*, de su *Romancero gitano*, se convierte de súbito en delator de aquel tremendo crimen transformado en frío cemento que se abre ante sus ojos. Y ya su verso no va a fluir con el brillo de antes. Las metáforas se le van a apagar hasta perderse y aquel bordón de su guitarra va a saltársele ante el estruendo de dolor y crueldad que ve y oye por todas partes. ¿Es aquél el país de la democracia y Nueva York su viviente símbolo? No, ya no es así. Los tiempos optimistas del viejo Whitman han pasado. Federico se da cuenta de que allí sucede algo, que hay una helada maquinaria encargada de aplastarlo todo, de extraer el jugo de la sangre, convirtiendo a los seres en autómatas que desde el amanecer

saben que van al cielo de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

García Lorca inaugura con estos poemas su poesía antiartística. No le preocupa la composición rigurosa del poema, la belleza verbal ni la imagen. El lenguaje es directo. La ciudad sin aurora va a recibir su azote en una serie de poesías escritas con una gran conciencia pero a la vez bajo una furia ciega, cercana en sus mejores momentos al arrebato casi surrealista de los profetas bíblicos. Y entonces es cuando descubre Harlem, el barrio de los negros. Y entra en una de las visiones más angustiadas de su poesía. Siente la opresión de aquellos antiguos esclavos en medio de una civilización que aun los tortura más y los humilla. Y grita la amargura, la sangre prisionera de aquel barrio, donde el temor a la ira, al odio de los blancos poderosos, llevan al pobre negro a vivir con las puertas entornadas, siempre en espera de cualquier desmán, que puede terminar en linchamiento.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje!

A pesar de las vacaciones veraniegas que pasa ya sea en las orillas del lago Edem Mills, en una granja de las montañas de Catskills o en la casa del profesor Federico de Onís, cerca de Newburg, la soledad persigue a García Lorca. Y es nuevamente Nueva York y es Wall Street con sus millones de oficinas lo que a la vez que repeliéndole lo atraen. Y vuelve con más fuerza a la denuncia, a la denuncia de la gente que ignora la otra mitad, a la denuncia de la sangre explotada, gemebunda, que late debajo de las multiplicaciones, de los oscuros y terribles negocios que hacen hundir al mundo en una sima de miseria y de muerte. "Os escupo en la cara", llega a gritar desesperado. García Lorca, por obra de este choque brutal con la gran ciudad deshumanizada, va a convertirse en un poeta de su tiempo y, sin saberlo, a ser una



1

de las primeras luminosas señales de toda una poesía de carácter social y de protesta que aparecería poco tiempo después. En primavera, el poeta parte para La Habana, donde recupera, bajo su luz arrolladora y musical, el ritmo aquél de su sangre andaluza, de su corazón alterado y a punto de romperse durante esa temporada infernal en la ciudad de los rascacielos.

El teatro. Años de esplendor

Cuando García Lorca, después de unos maravillosos meses de trabajo, amistad y alegría deja la isla de Cuba y sale de regreso para España, no podía seguramente sospechar que iba a entrar en los años —¡muy pocos, ay!— más plenos y fulgurantes de su vida, en total coincidencia con los muy pocos que también iba a durar la república española. Años de gloria, de éxitos, en todos los sentidos. ¡Qué lejos ya de aquella carta que escribiera a Jorge Guillén en 1926 pidiéndole consejo para ser profesor de literatura. "Quiero —le dice— ser independiente y afirmar mi personalidad dentro de la familia, que me da, naturalmente, toda clase de facilidades. Apenas lo he dicho en casa, mis padres se han puesto contentísimos y me han prometido, si empiezo pronto a estudiar, darme dinero para un viaje a Italia que yo sueño hace años". El sueño italiano de García Lorca no se realizó, pero no tuvo, por otra parte, necesidad de ser "profesor de poesía" para cumplir el sueño económico familiar, pues el teatro iba a dar a Federico la estable independencia que buscaba en su carta.
Desde el 12 de octubre de 1927, fecha en que Margarita Xirgu estrena en el Teatro Fontalba, de Madrid, *Mariana Pineda*, hasta el viernes 23 de junio de 1936, día en que fecha la última página de *La casa de Bernarda Alba*, se ha cumplido una de las más rápidas y luminosas carreras del teatro español. ¡Qué angustiosa resulta esa fecha de muerte acaecida, igual que la de Mariana Pineda (1831), en Granada, a poco más de un siglo de distancia y casi por iguales motivos políticos! *La casa de Bernalda Alba* entra en el repertorio español bajo un signo de duelo, y cuando la gran actriz Margarita Xirgu, la amiga tan querida y elogiada de Lorca, estrena en el Teatro Avenida, de Buenos Aires, en 1945, ese drama de incomprensión familiar española, los que estuvimos allí presentes nos sentimos ahogados en el silencio final, que se prolongó durante unos minutos como si todos esperásemos una aparición. Pero el poeta no podría aparecer nunca más en el palco escénico de los éxitos, éxitos clamorosos en aquella misma ciudad que acogía temblando, emocionada, la última obra dramática escrita por Federico García Lorca. Porque fue la Argentina, en cierto modo, la reveladora de su teatro al gran

público. A Federico le había costado mucho trabajo que *Mariana Pineda* subiese a la escena. "La obra —cuenta él mismo— recorrió varios teatros y en medio de los más calurosos elogios me la devolvían, unos por atrevida, otros por difícil". Cuando por fin la Xirgu se la estrena, aunque casi toda la crítica la recibió favorablemente, sea porque sospecharon ser un desafío de la libertad a la dictadura de Primo de Rivera, sea porque los oídos del público se habían cerrado al ritmo del verso y a la emoción poética, la obra bajó a los pocos días del cartel. El caso fue que cuando Lola Membrives llegó a Buenos Aires, estrenando *Bodas de sangre* en octubre de 1933, a pesar de lo avanzado de la estación, obtuvo un éxito tan terminante que Federico tuvo que viajar hasta el Río de la Plata para contestar a los aplausos. Inmediatamente a *Bodas* siguieron *Mariana Pineda* y *La zapatera prodigiosa*, una de las más finas y gráciles invenciones dramáticas de Lorca, aquel ser que desde casi un niño parecía hecho con sangre teatral que se plantaba en mitad de la escena como un actor para citar al público y recibir la ovación que le correspondía. Tanto fue su dominio en esa temporada bonaerense —1933-34—, que durante todo el tiempo que se mantuvo en cartel *La zapatera prodigiosa*, el poeta tuvo que decir el prólogo.

Cuentan que se ponía una chistera verde y que de ella, al saludar, volaba una paloma. Tiempos felices. Toca el piano. Canta. Da conferencias. Se rodea de nuevos amigos escritores: Victoria Ocampo, Enrique Amorim, Oliverio Girondo y Norah Lange, Eduardo Blanco Amor . . . Es allí donde también conoce a Pablo Neruda, cónsul de Chile, y allí donde Neruda se enfada con Federico por no sé qué cita incumplida —cosa en él muy frecuente— enfado que consigue suavizar representando al gran poeta chileno, con la cara cubierta, a modo de tolón, por una servilleta, toda una escena teatral de arrepentimiento, que se resuelve al fin, por parte de los dos, en una estruendosa carcajada. La amistad entre ambos se afirma, dando una noche en Buenos Aires una conferencia a dos voces sobre el gran poeta nicaragüense Rubén Darío.

El teatro nunca fue para Federico algo nuevo y distinto de su trabajo habitual, es más bien una síntesis de todas sus vocaciones. "El teatro —dice— es la poesía que se levanta del libro y se hace humana". Así, muchos de sus poemas no escritos van a materializarse, a humanizarse en su teatro, pareciendo como si García Lorca los quisiese con mayor ternura, porque los coloca emocionadamente entre la prosa para que brillen solos, cosa que a él, también director de escena, le alegra como una travesura o engaño inesperado que hace al espectador. También Federico revierte hacia el teatro su vieja vena musical. Cantan en *Mariana Pineda* los niños; en *Yerma*, las lavanderas; en *Don Perlimplín*, doña Belisa. Cantan sus personajes porque Federico sabe que en la vida se canta y se acciona y se ríe y se llora y se baila y porque ese canto le trae toda la sabiduría de la canción que encontró por las calles de su Granada, en los viejos cancioneros españoles y oyó también en las fincas de su padre, allá en la vega, de boca de los cosechadores. Y esas mismas canciones que él cantaba las enseñó a cantar a todo el mundo, siendo algunas de ellas las que armonizara para aquel disco fonográfico que hizo con La Argentinita, en el que García Lorca la acompaña al piano.

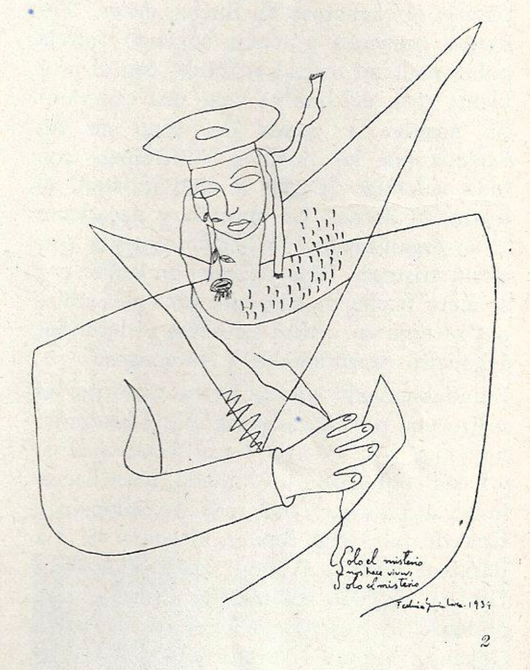
Y a esto hay que añadir, además, el sentido plástico de Federico, sus ojos acostumbrados a ver el gran teatro del mundo con los colores de la escena y el vestido de la vida con el "atrezzo" del teatro, para que su entusiasmo por todo lo viviente y relampagueante tomase realidad. Basta sólo mirar sus dibujos, su pasión por la pintura, sus ojos que veían ya caracterizados sus sueños, para saber inmediatamente que sus condiciones previas teatrales estaban dadas. En realidad, el teatro ha estado siempre en él y su ansia de comunicación humana se encontrará más feliz sobre la escena que en ninguna otra parte.

Por el teatro va a llegar Federico a conocer más ampliamente la realidad española, pensando que los años de la recién llegada República —1931— deben llenarse de hechos concretos. Y lo primero que hace es buscar a su amigo don Fernando de los Ríos, entonces ministro de Instrucción Pública, consiguiendo que se interesase en la fundación de un teatro universitario al que bautiza La Barraca. Lorca está contento. "Yo espero —dice— para el teatro la llegada de la luz de arriba, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio de butacas, todo estará arreglado". Esa esperada luz del paraíso —se llama así en España el lugar de las galerías más altas del teatro— inquietó tanto a Federico, que se va en seguida a buscar su público al pueblo español y lo encuentra, como lo encontraba de niño cuando decía sus misas inocentes, obligando a la admiración a sus hermanos y a los chicos con quienes jugaba.

La Barraca coincide con los años de esplendor cultural de la República. Se ha abierto una esperanza. Se multiplican las posibilidades, se cree posible un cambio fundamental, económico, social y político, en la vida española. Pero fue un sueño demasiado breve. Federico acompaña estos deseos con toda su fe, y mientras las Misiones Pedagógicas, que dirige Alejandro Casona, intentan la aventura de subir la cultura a los montes más lejanos, abriendo a la esperanza pueblos increíblemente separados de ella, Federico y Eduardo Ugarte, otro joven autor dramático, llevan a las plazas de los pueblos y a los ámbitos

1. El torero Ignacio Sánchez Mejías, en un dibujo conmemorativo del pintor José Caballero (1935).

2. Federico García Lorca, dibujo (1934).



2

universitarios a Lope de Rueda, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina... Don Miguel de Unamuno, que los ve representar en Salamanca, les dice para animarlos: "Una cosa es la cultura y otra la luz. Eso es lo que hay que tener: luz". Y luz es lo que tienen, luz que Jean Prevost y Marcelle Auclair, traductores al francés de *Bodas de sangre,* ven en *La Barraca,* asegurando que es el mejor teatro universitario que han conocido.

En 1933 se estrena *Bodas de sangre* en el Teatro Beatriz, de Madrid, por la compañía de Josefina Díaz de Artigas. Primer gran éxito dramático de Lorca, que prepararía el clamoroso de Buenos Aires. Federico comienza a tomar contacto con la pobre realidad teatral española, con el problema vivo, del que ya tiene una experiencia positiva a través del paso de *La Barraca* por los pueblos, y arremete con toda valentía: "Digan lo que quieran, el teatro no decae. Lo absurdo y decadente es su organización". Y luego comenta con cierta tristeza: "Eso de que un señor por el mero hecho de disponer de unos millones se erija en censor de obras y definidor del teatro es intolerable y vergonzoso".

Indudablemente García Lorca tiene por el teatro una pasión cada vez más acendrada, un amor que querría hacer comunicativo y hasta contagioso, inventando, para hacerlo llegar a las mayorías, todas las soluciones. Una de ellas fue fundar, después de La Barraca, junto a la gran animadora Pura Ucelay, el Club Teatral de Cultura, que comenzó sus representaciones en el Teatro Español, en aquel mismo año 1933, con dos obras de Federico: *La zapatera prodigiosa* y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín.* El poeta pidió que esos círculos teatrales se extendiesen por toda la península para concluir con las chabacanas diversiones pueblerinas, y como conoce muy bien al público, tanto que ha escrito una comedia, que él cree irrepresentable, titulada *El público,* vuelve a recordar su entusiasmo infantil por los cristobitas, los muñecos manejados torpemente por el guiñolero que recorre las plazas de los pueblos y emboba a chicos y grandes con sus alardes y desvergüenzas. Ayuda al pintor Miguel Prieto a fundar el guiñol La Tarumba y retoca para la escena una de sus primeras obras juveniles, *Los títeres de cachiporra,* cuyo estreno se hizo, ya muerto Federico, el año 1937, en el Teatro de la Zarzuela, que dirigía María Teresa León, con decorados de un gran amigo del poeta, Santiago Ontañón, en medio de un Madrid ya cercado y castigado a todas horas por los bombardeos.

Cuando Lorca volvió de Buenos Aires, asistí al homenaje que se le hizo por sus triunfos allí alcanzados. Fiesta inolvidable. En el amplio salón de un hotel de Madrid había instalado su guiñol. Estábamos como los niños de aquella lejana noche de Epifanía en la casa granadina de Federico. Iba a representarse una obra suya: el *Retablillo de don Cristóbal.* Cuando se descorrieron las cortinas de la pequeña embocadura, apareció Lorca, sonriente, en el papel del poeta que dialoga con el director. No se oía ni una mosca. Comenzó con aquella voz suya oscura y aterciopelada: "Hombres y mujeres, atención. Niño, cállate. Quiero que haya un silencio tan profundo que oigamos el glu-glú de los manantiales. Y si un pájaro mueve un ala, que también lo oigamos; y si una hormiguita mueve la patita, que también la oigamos..."

Ésta es, desde entonces, una de las imágenes más puras y frescas que conservo de García Lorca en sus años de mayor esplendor.

Llanto en la sombra

Una gran nube negra va a ensombrecerle a Federico el sol de aquellos días dichosos. Es aún 1934. Todavía le llenan los oídos las ovaciones argentinas. En España es primavera (una primavera cargada de malos presagios). García Lorca reanuda su dirección de La Barraca, recorriendo, incansable, pueblos y ciudades de todas las regiones. Se lo ve aparecer y desaparecer de Madrid. Pero habla, cuenta y grita su entusiasmo cuando pasa. Está lleno de proyectos. Al escritor Juan Chabás le dice estar concluyendo una nueva obra dramática que se llamará *La hermosa;* pero Federico no decía siempre las verdades sino las imaginaciones y por eso sus palabras tenían con frecuencia la exactitud de lo incierto. También anuncia que está concluida *La destrucción de Sodoma,* recordando, además, que tiene dos obras sin estrenar, *Así pasen cinco años* y *El público,* ambas comenzadas a escribir cuando estuvo en La Habana, pero que considera por el momento difíciles de llevar a la escena. Y cuenta todavía, como si es poco, con *Yerma,* a la que está dando los últimos toques. De todo esto hablaba García Lorca en su ir y venir con La Barraca, como Lope de Rueda en los días iniciales de nuestro teatro. Pero, de pronto, la noticia terrible: en Manzanares el Real, un pueblo de la Mancha, ha sido cogido gravemente por un toro Ignacio Sánchez Mejías. Luego, a las pocas horas, la gangrena, la muerte. ¡Qué inmenso desgarrón en el alma de Federico, qué enorme duelo para todos nosotros, poetas y escritores amigos del torero! Había muerto Ignacio en su ley, toreando, y como su genial cuñado, Joselito, en una plaza provinciana de segundo orden. Era en el mes de agosto y eran las cinco de la tarde. Siete años había que no pisaba un ruedo. Otra tarde de 1927, estando yo con él en Pontevedra, al terminar una corrida, había decidido, así de súbito, el retirarse del toreo. Dejaba Ignacio su valiente aventura para meterse en otra, en donde las cornadas son a veces más graves. Cambiaría la arena por las tablas: de matador de toros bravos a autor teatral. Un drama, *Sinrazón,* que le bullía en la cabeza, sería al año siguiente, con clamoroso éxito, su primer estreno. Luego, con "La Argentinita" y el entusiasmo de Lorca creó la compañía de bailes españoles, que adquiriría renombre universal. Pero la llamada del toro en medio de la arena con sol era más atrayente, al fin, que las fingidas luces de teatro. Y hacia fines de 1933 anunció a los amigos su propósito de volver al toreo. No, le dijimos todos, espantados. Pero Ignacio, duro y siempre voluntarioso, dijo que Sí, y en ese Sí ya estaba temblando su muerte. Tenía, cuando el toro "Granadino" le atravesó de parte a parte el muslo, mucha más de esa edad en que los toreros pierden el polen de las alas y es ya imposible el vuelo: cuarenta y cinco años. Había participado en 424 corridas y matado 880 toros, pero había bastado sólo uno para matarlo a él. Negro era el que le arrancó la vida, volcándole su sangre por la arena ya en sombra de la plaza. Yo estaba lejos, por el mar. Pero Federico, no. Andaba entonces por el norte deambulando con su teatro. Mas a los pocos días, en cuanto puede regresar a Madrid, se derrama en el *Llanto* por la muerte del gran espada amigo. ¡Oh, qué España terrible! García Lorca se estremecía de horror ante la sangre, pero tal vez por eso la cantaba. ¡Qué redoble más lento, más profundo halló para llorar aquella "sangre derramada" del torero, solo, lejos de todos, en el atardecer de un pueblo castellano!

¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

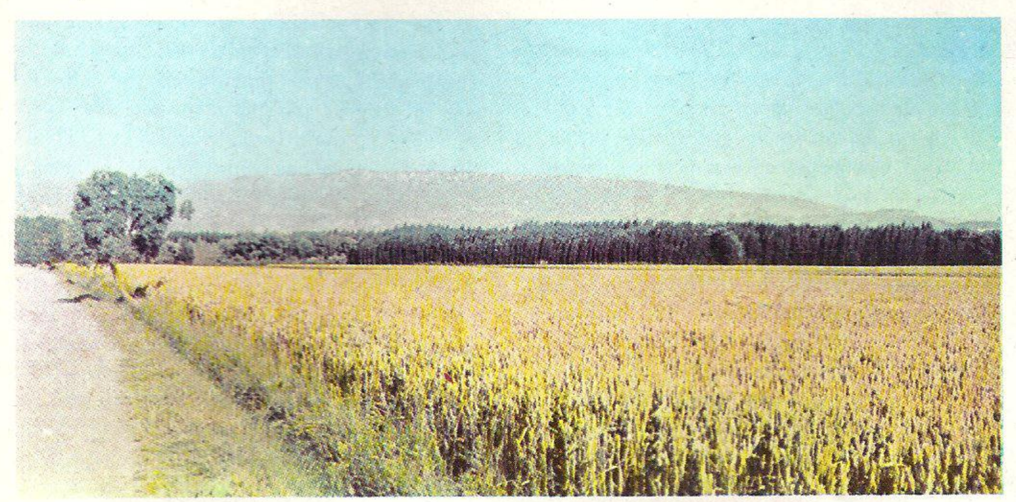
...

¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!

Él no quería ver la sangre del amigo y, sin embargo, también un mes de agosto y justamente a los dos años, Federico vería el derramarse de la suya en una triste madrugada granadina.

El drama en la calle

Comenzaba el año 1935. Y comenzaba pa-



1

1. Valderrubio: las tierras de los Lorca, en las que Federico pasó su infancia.

2. Casa de la familia Lorca en Granada.

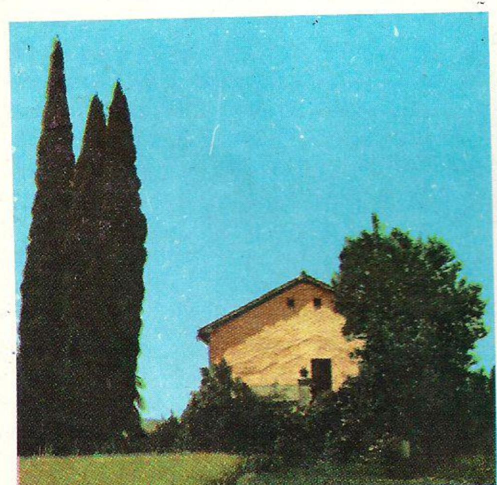
3. La casa de la Huerta de San Vicente, donde García Lorca pasaba sus vacaciones, y en la que se refugió en 1936.

4. Pasa la Guardia Civil.

5. La casa de los Rosales, en la que Lorca pasó los últimos días de su vida.



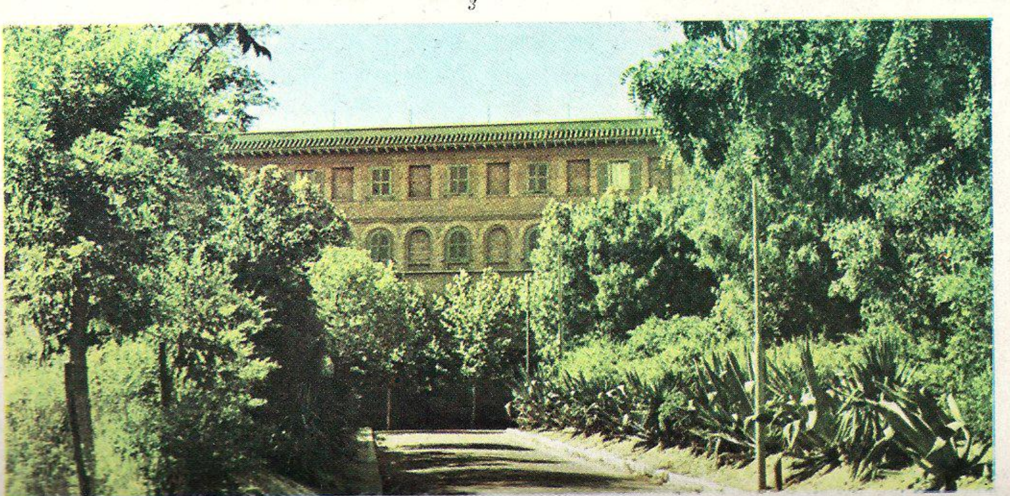
2



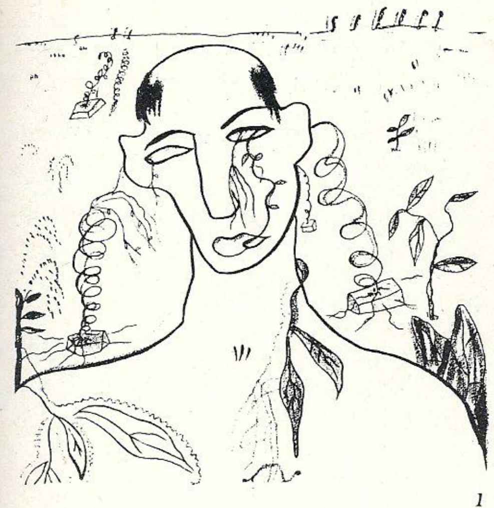
3



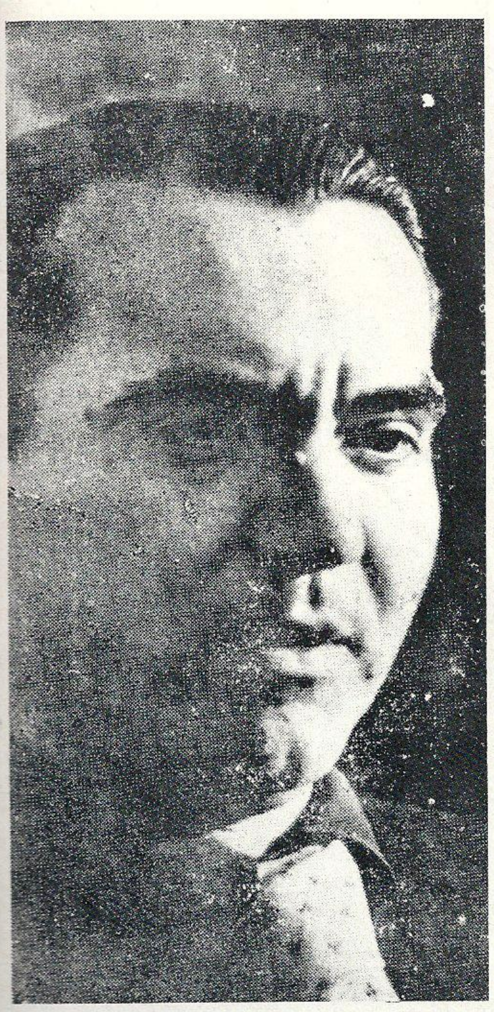
4



5



1



1. Lorca, dibujo.

2. Última fotografía de Lorca, en 1936.

ra Lorca el pleno éxito teatral: *Yerma*, tragedia del amor estéril, de la maternidad frustrada, que Margarita Xirgu le estrena en el Teatro Español, de Madrid. Federico ya no es ese joven autor, que pasea su obra de compañía en compañía recibiendo alabanzas y promesas que no se cumplirán nunca. Ahora puede estrenar donde quiere, hasta con actrices y actores que antes se habían mofado de su *Romancero gitano*. Cuando *Yerma* llega a las cien representaciones, la Xirgu, que siempre lo admiró desde sus comienzos, tributa un homenaje al poeta, que aprovecha para recordar al gran torero muerto, leyendo esa noche su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Aún con *Yerma* en el cartel, la Membrives le estrena en otro teatro madrileño la versión definitiva de *La zapatera prodigiosa*, y meses más tarde, en Barcelona, la propia *Yerma*. Federico trabaja y se agita, multiplicándose: viajes, estrenos, conferencias, lectura de poemas . . . Pero las clases reaccionarias españolas trabajan también.

España, después de la insurrección de los mineros asturianos del año anterior, presenta la cara adusta de los despertares sociales. Era la hora de sentir cada uno los problemas de todos, y García Lorca, en una entrevista que le hacen para un diario de Madrid, "La Voz", habla de estar meditando en varias obras dramáticas de tipo humano y social: "Una —dice— será contra la guerra. En ella, un coro de madres de hombres de todas las naciones dirigirán a los representantes de las grandes potencias sus apóstrofes y sus gemidos." Pero lo que el poeta ha concluido de escribir en ese momento es una comedia, un poema granadino del novecientos, que titula con un precioso nombre de aire clásico: *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*. No sé si el propio Federico asegura en alguna parte que aquella doña Rosita vivió en alma y cuerpo, abandonada del amor, a pocas casas de la suya de Granada. Margarita Xirgu le estrena también esta última obra en Barcelona, donde toda la intelectualidad catalana corona los éxitos del poeta con un gran homenaje. Y como siempre, sigue siendo solicitado para toda clase de actos, tomando parte, por primera vez, en uno de carácter no literario: en el Teatro Olimpia, Lorca interviene en favor de los presos políticos.

Pero la disposición de amor, tan evidente en estos últimos años de su vida, tropezaba con la mirada torva de la reacción española y la miserable condición del pueblo, que lo veía pasar en su carro de teatro con la impavidez de los que se saben rechazados de antemano de todos los banquetes del mundo. Por los pueblos de España la agitación no podía calmarse con los corazones generosos y sucedían diariamente dramáticos encuentros. La guardia civil como tema de romance y agrio recuerdo de gitanos, se fue convirtiendo en sombra para muchos, mientras las calles de las ciudades empezaban a ser patrulladas por aquellos que al oír la palabra "pueblo" se echan también la mano a la pistola. En el año 1933 las derechas republicanas se habían decidido a dar una mano a la reacción y comenzaban a bailar unidos los poderes tradicionales de España sobre la revuelta heroica de los mineros asturianos, que fue reprimida brutalmente. Durante lo que se llamó "el bienio negro", muchas conciencias de intelectuales y poetas españoles comenzaron su aprendizaje de angustia política. Cuando en febrero de 1936 triunfa el Frente Popular, la conjura internacional nazi-fascista ayuda a los descontentos interiores a preparar el ataque frontal contra la República. En esos meses, Federico abre más que nunca los ojos de su entendimiento. Acude a la conferencia que se hace en La Casa del Pueblo, donde delante de la madre de Carlos Luis Prestes se pide por la vida amenazada del líder de los trabajadores brasileños. Allí Federico recita, junto a mí, su poema sobre los negros, "El rey de Harlem", del libro *Poeta en Nueva York*. Y al hacerse más tensa la calle madrileña y comenzar los asesinatos de encrucijada contra los jóvenes de los partidos de izquierda por los grupos de la Falanje Española, García Lorca asiste con nosotros al entierro de uno de estos muchachos socialistas porque sabe que el máximo horizonte del hombre se alcanza cuando se tropieza con la muerte.

El 18 de julio de 1936 Hitler no ha olvidado la posición estratégica de España entre dos mares y busca un aliado seguro para sus futuras agresiones. El primer disparo de los sublevados de Marruecos contra la República, con el general Franco como jefe, termina también con el segundo Siglo de Oro de la literatura española. Salvo Valle Inclán, que había muerto pocos meses antes, aún vivían todos: Menéndez Pidal, Unamuno, Baroja, Azorín, Ortega y Gasset, D'Ors, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Bergamín, Espina . . . España era Picasso y Pablo Casals y Falla, y la poesía se llamaba aún Juan Ramón Jiménez, Machado, Moreno Villa, León Felipe, Guillén, Salinas, García Lorca, Aleixandre, Dámaso Alonso, Cernuda, Diego, Prados, Altolaguirre, Miguel Hernández . . .

El día 15 de julio, Federico, cada vez más inquieto por el ambiente convulsionado de Madrid, lee su última obra, *La casa de Bernalda Alba*, a un grupo de escritores, entre los que se encuentran Guillén, Salinas, Alonso, Guillermo de Torre . . . Y el 16, convencido plenamente de que se avecinaban graves acontecimientos políticos, decide marcharse a su tierra. Ya en la estación, a punto de partir el tren, dijo a Martínez Nadal, un gran amigo suyo que lo acompañaba: "Sea lo que Dios quiera". Estas fueron las últimas palabras de García Lorca

en aquel Madrid maravilloso de sus años felices.

La sangre derramada

Ya pensaba el poeta hallarse más tranquilo en Granada, con sus padres, en aquel huerto de San Vicente, a la entrada de la Vega, cuando se supo la noticia de la sublevación del general Franco en África. Las fuerzas granadinas se enfrentaron entonces silenciosamente: de un lado, los obreros con la gente pequeña que había elegido como alcalde a un médico republicano, Manuel Montesinos, casado con Concha, la hermana mayor del poeta, y del otro, esa reacción de repliegues profundos, capaz de ser inexorable en sus juicios y sentencias, heredera de la misma que vio pasar hacia el cadalso, sin ni siquiera abrir las celosías, a Mariana Pineda, aquella dama romántica que bordó la bandera de la Libertad. Dicen que a su cuñado Montesinos, que organizó la defensa de las entidades obreras, lo fusilaron en el camposanto (3 de agosto), aunque otros afirman que, como escarmiento, lo arrastraron medievalmente por las calles de la ciudad. Así cayeron las pequeñas barricadas de la defensa granadina. Escuadras de limpieza barrieron como a unos 23.000 infelices cazados en las noches oscuras del terror milenario que se abatió, hace ya casi treinta años, sobre los españoles. ¿Por qué Federico se sintió tan amenazado? Debía conocer bien aquella Granada impermeable a todo, aquella sociedad cerrada a la que él soliviantó con su popularismo, con sus divertidos desplantes, con su poesía que no entendían, con su teatro que planteaba problemas de los que no se debe hablar...

Era la misma gente que se sintió ofendida con la sinceridad de la revista *Gallo* y con aquellas palabras del poeta sobre la Granada mora, dichas más con un sentimiento lírico que histórico: "Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo para dar paso a una ciudad pobre, acobardada, a una tierra de *chavico* donde se agita actualmente la peor burguesía española." Esa era precisamente la que iba a ver el último acto de la tragedia lorquiana con una altivez indiferente, segura de estar en su derecho de atacar para salvarse.

¡Cómo se derrumbarían en Federico tantas horas hermosas! Le parecería que arrastraba toda su infancia granadina por aquella calle de la amargura que lo llevó de su huerto de la Vega a la casa de los hermanos Rosales, falangistas amigos de los Lorca, que lo intentaban salvar; esa infancia de la que el poeta no quería desprenderse, como lo dijo en un momento victorioso de su vida, cuando, junto a Margarita Xirgu, Granada lo exalta con un homenaje: "Me ha producido una verdadera tristeza ver mi nombre por las esquinas. Parece como si me arrancaran mi vida de niño y me encontrase lleno de responsabilidad en un sitio donde no quiero tenerla nunca..." ¡Adiós infancia, lugar donde volvía siempre a refugiarse! Granada se ha puesto su traje militar y un hombre, cuyo nombre hoy se sabe, Ramón Ruiz Alonso, jefe de las Escuadras Negras, se presenta en la casa donde el poeta buscó amparo, exigiendo su entrega mediante una orden de detención firmada por el Gobernador civil, comandante Valdés. La primera intención de García Lorca fue la de huir por los tejados, pero la azotea de los Rosales se hallaba separada de las casas vecinas. Y Federico tuvo entonces que entregarse, fatal y dignamente. Parece que la señora Rosales estaba sola, pero que a los pocos momentos apareció Miguel, uno de los hijos, que como falangista influyente promete al poeta hacer alguna gestión para salvarlo, acompañándolo el propio Ruiz Alonso a una comisaría vecina. Era la tarde del 18 de agosto. Inmediatamente, al correrse la noticia por Granada, don Manuel de Falla se puso en movimiento, presentándose en uno de los cuarteles de la Falange para conocer la suerte de García Lorca. Según Mora Guarnido, amigo y autor de un libro sobre el poeta, del que extraigo parte de este episodio oído al propio Falla a su llegada a Buenos Aires, después de mucho rogar e invocar don Manuel los mismos sentimientos religiosos que los sublevados decían defender, logró que dos de aquellos jóvenes lo acompañasen al Gobierno Civil donde se sospechaba que Federico pudiese estar preso. Los familiares de otros detenidos se agolpaban allí desesperados. Todo era confusión y desconcierto. Después de una larga espera de don Manuel en el banco de unos de los pasillos, uno de los que le acompañan que había logrado llegar hasta los jefes en demanda de alguna noticia, volvió diciéndole que era inútil ya toda gestión, pues aquella misma mañana había sido muerto el poeta. No queriendo creer tamaña atrocidad, don Manuel volvió de nuevo al Gobierno Civil para interceder una vez más por Federico, pero le dijeron que no volviese por allí porque se comprometía. Luego, Falla aseguró al mismo Mora conocer muchas cosas, "pero que su conciencia le impedía hablar", palabras que eran casi las mismas que me había dicho a mí, después de soslayar hablar de Lorca, en aquella visita que le hice en su retiro cordobés de Alta Gracia.

Mi suerte me había hecho estar en aquellos días del levantamiento militar en la isla de Ibiza, reconquistada por la flota republicana el 15 de agosto. María Teresa y yo habíamos pasado más de tres semanas escondidos en un monte, huyendo de la persecución del jefe militar de la plaza, plegado al alzamiento. Inmediatamente de liberada la isla, corrimos a Madrid, donde vivimos siempre hasta los últimos días de su defensa. Una mañana de finales de agosto, estando en el patio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, de la que yo era el secretario, se presentó precipitadamente un hombre, del que ahora no recuerdo la cara, pero sí la voz, que aún me sigue lastimando el oído. Era la de un diputado obrero —también olvidé el nombre— recién fugado de Granada. No podía ser verdad lo que decía. Ninguno lo queríamos creer y menos repetirlo sin un interrogante. Pero ya todos los diarios, entre grandes e indignados letreros, gritaban aquella misma noche la tragedia. Habían fusilado a García Lorca. Y comenzó a crecer desde ese instante para el mundo la imagen del poeta de Granada, volcado en tierra, como esa "fuente de sangre de cinco chorros" de su *Romancero*. A la mañana siguiente, Isabelita, la hermana menor de Federico que había quedado en Madrid, me aseguraba por teléfono: "No es verdad. No hagáis nada. No escribáis nada. Sé bien que Federico está escondido, a salvo". Le prometí lo que pedía, guardarle aquel ilusionado secreto. Pero la tremenda noticia ya había recorrido el mundo de lado a lado, aunque dejando siempre paso a un soplo de esperanza. Bajo este mismo signo se dirigió Wells, presidente de la Asociación Internacional de los Pen Clubes, al gobernador militar de Granada pidiendo informes y garantías sobre la vida del poeta. La respuesta, por su grosera sequedad, fue la más delatora de lo cierto, no dejando ya ni una sombra de duda. Decía así, brutal y despectiva: "No conozco el paradero del referido señor Lorca". Lo que sí fue el mundo conociendo después era que Federico había sido sacado a media noche de la Gobernación Civil y conducido, con otros muchos presos, hasta una casa llamada "La Colonia", en las cercanías de Víznar, un pobre y triste pueblecillo distante de Granada unos doce kilómetros.

Por un testigo de aquellas horas se sabe hoy que hacia el amanecer lo sacaron de allí, únicamente con otro sentenciado, haciéndolos avanzar por un sendero polvoriento hasta un lugar que en árabe se llama "la fuente de Aynadamar", la fuente de las lágrimas, y ante el campo desierto, en el que al fondo se entrevían los paisajes queridos de su infancia, fusilaron primero al compañero y luego a Federico, que se resistía enloquecido de terror. Entre los que se alejaban, alguno debió sentir sin duda espantárseles el corazón cuando escuchó las voces del poeta que gritaba: "¡No estoy muerto! ¡No estoy muerto!" Era "la sangre derramada", esa sangre que desde las primeras albas de la juventud de Federico bañó su poesía, poniéndole entre risa y

sonrisa, aquel terrible acento tan duro y encendido.

Nunca se habrá llorado y protestado tanto en la tierra entera. El primer poeta que relató este horror fue Antonio Machado. Su tremendo estribillo sonará para siempre, como un redoble de campana, en la noche cobarde de sus asesinos:

...Que el crimen fue en Granada,
sabed —¡pobre Granada!—, ¡en su Granada!

Yo nunca he estado allí. Yo le había prometido a Federico visitarlo, pasar algún verano en su casa de campo... Pero... Siempre lo fui dejando, confiado en aparecer así, de pronto, cualquier día... Han pasado los años. 30 ya. Se acabó nuestra guerra, que destrozó a España; se acabó también la otra, la grande, que destrozó al mundo. Desde 1939 vivo fuera de mi patria, pensando en aquel viaje, en aquella visita a Federico que nunca ya le podré hacer. Pero Granada sigue siendo suya, su sangre derramada grita desde los ajimeces de la Alhambra hasta el nevado frío del Genil y del Darro. A esa Granada, sí, como quien va a su reconquista, llegaré alguna vez. Se lo tengo prometido en esta balada:

¡Qué lejos por mares, campos y montañas!
Ya otros soles miran mi cabeza cana.
Nunca fui a Granada.

Mi cabeza cana, los años perdidos.
Quiero hallar los viejos, borrados caminos.
Nunca vi Granada.

Dadle un ramo verde de luz a mi mano.
Una rienda corta y un galope largo.
Nunca entré en Granada.

¿Qué gente enemiga puebla sus adarves?
¿Quién los claros ecos libres de sus aires?
Nunca fui a Granada.

¿Quién hoy sus jardines aprisiona y pone
cadenas al habla de sus surtidores?
Nunca vi Granada.

Venid los que nunca fuisteis a Granada.
Hay sangre caída, sangre que me llama.
Nunca entré en Granada.

Hay sangre caída del mejor hermano.
Sangre por los mirtos y agua de los patios.
Nunca fui a Granada.

Del mejor amigo por los arrayanes.
Sangre por el Darro, por el Genil sangre.
Nunca vi Granada.

Si altas son las torres, el valor es alto
¡Venid por montañas, por mares y campos!
Entraré en Granada.

Y allí, junto a la Fuente de las Lágrimas, por donde andan confundidos, con los de tantos otros, sus pobres huesos, conversaré con él, acompañado por el aire ya libre de sus campos y por el son del agua que ya repite su nombre para siempre.

Sobre la muerte de Federico García Lorca

Con posterioridad a la redacción de este fascículo, muchos hispanistas, amigos o admiradores de Federico, han continuado investigando las circunstancias precisas que lo condujeron a la muerte y los móviles que determinaron su asesinato. Gracias a ellos es posible ahora reconstruir casi paso a paso las estaciones de su calvario, pese a que ciertos detalles permanezcan oscuros y algunas fechas son aún discutidas, así, si la ejecución del poeta ocurrió al amanecer del día 19 o del 20 de agosto. En cambio se ha confirmado que fue muerto en Víznar, cerca de la Fuente de las Lágrimas, al mismo tiempo que un maestro de escuela de Pulianas, Dióscoro González Galindo, y dos banderilleros, Joaquín Arcollas y Francisco Galadía, y se cree haber ubicado con bastante exactitud el sitio de la sepultura que comparten con el maestro.

Hay coincidencias en señalar que Ramón Ruiz Alonso, ex diputado de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), fue quien lo denunció al gobernador civil, el comandante Valdés, y quien fue a detenerlo a casa de los Rosales, donde se hallaba refugiado, luego de dos irrupciones de patrullas armadas en la Huerta de San Vicente, ocasión en que fue golpeado e insultado por defender a su casero, torturado a latigazos.

De acuerdo con el estado actual de la investigación, la tesis de Marcelle Auclair *(Vida y muerte de García Lorca)* es la que más se acerca a la verdad: Ruiz Alonso (y quizás Valdés) deseaban poner de manifiesto que los falangistas Rosales ocultaban a un "rojo" y desprestigiar a Falange Española, de la que José Rosales era notorio dirigente granadino.

Asimismo queda comprobado con los textos que recopiló Ian Gibson *(El asesinato de García Lorca)* que la famosa "apoliticidad" de Federico no puede seguirse sosteniendo por la actuación y declaraciones del poeta en sus últimos años. Sólo era apolítico en el sentido de no haberse afiliado a ningún partido, pero se había pronunciado públicamente en favor del Frente Popular y la República, aún antes de que ésta triunfara. Además, su entrañable amistad con Fernando de los Ríos, que era mirado como enemigo de las derechas tradicionales y por ellas mal visto en Granada, lo situaba como socialista liberal, al lado de sus amigos izquierdistas, sin hacer hincapié en la que la propia obra de Lorca irritaba a la burguesía provinciana, la peor de España, según había afirmado el poeta.

Las últimas investigaciones descartan en absoluto la tesis que más predicamento tuvo bajo el régimen franquista. Paradójicamente la proporcionó un francés, Jean-Louis Schonberg, quien elaboró una teoría sobre una presunta riña de homosexuales, dejando de lado los móviles políticos. Esta fue "oficializada" en *La estafeta literaria* el 13 de octubre de 1956, en un artículo anónimo que parece haber escrito Juan Aparicio, director de la revista y también director general de Prensa del gobierno. La manipulación grosera del artículo de *Le Figaro littéraire*, publicado en París el 29 de septiembre, ya fue denunciada por Dionisio Ridruejo en carta abierta al ministro Arias Salgado que fue conocida en el exterior y no en España: "se trata allí de exculpar al Movimiento Nacional de la mancha arrojada sobre él por la muerte del poeta; la exculpación no se logra y el autor del artículo, aun siendo un necio, no podía menos de saberlo. De lo que el mundo ha hablado siempre es precisamente de lo que allí queda en pie: una máquina política de terror ha matado a un hombre que, aun desde el punto de vista más fanático, debía ser considerado como inocente".

José Luis Vila-San Juan en 1971 *(¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española)* establecía por primera vez dentro de España que los culpables de la muerte habían sido las autoridades rebeldes granadinas y que no podía atribuirse a un grupo de incontrolados, y que Valdés no sólo era comandante sino también "camisa vieja". No obstante, en 1975 *(García Lorca asesinado: toda la verdad)* la tesis de Vila-San Juan intenta deslindar la responsabilidad de la Falange y derivarla hacia el ejército. Valdés, enterado de la recuperación internacional del nombre del poeta, habría dudado a último momento en afrontar la responsabilidad por sí solo y habría consultado a Sevilla. De acuerdo con lo investigado por Gibson, la orden le fue dada telefónicamente por el general Queipo del Llano, quien, ante la pregunta de Valdés: "¿Qué hago con él?", habría contestado en clave: "Dale, café, mucho café".

L.M.C.

Bibliografía

Obras completas. 1ª. ed. Buenos Aires, Losada, 1938, v. 1-6; v. 7, 1942 y v. 8, 1946. *Obras completas*. Rec. y notas de Arturo del Hoyo. Prólogo de Jorge Guillén; epílogo de Vicente Aleixandre. Madrid, Aguilar, 1957. *Obras de Federico García Lorca*. Edición, prólogo y notas de Mario Hernández. Madrid, Alianza, 1981-1982, 13 v. Los volúmenes 9-12, *Conferencias I y II* y *Epistolario I y II*, estuvieron al cuidado de Christopher Maurer. Con frecuencia se editan individualmente las obras más conocidas de García Lorca; entre las últimas ediciones para estudiantes podemos citar: *Bodas de sangre*, 7 ed., 1984; *Doña Rosita, la soltera*, 4 ed. 1982; *Romancero gitano. Oda a S. Dalí. Poeta en Nueva York*, 4. ed., 1983; *Selección poética de Federico García Lorca*, 3. ed., 1981. México, Editores Mexicanos Unidos. *Federico García Lorca. Vida y obra. Bibliografía. Antología. Obras inéditas. Música popular*. Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1941.

1. Lugar del fusilamiento de García Lorca, en una fotografía de Saulnier.

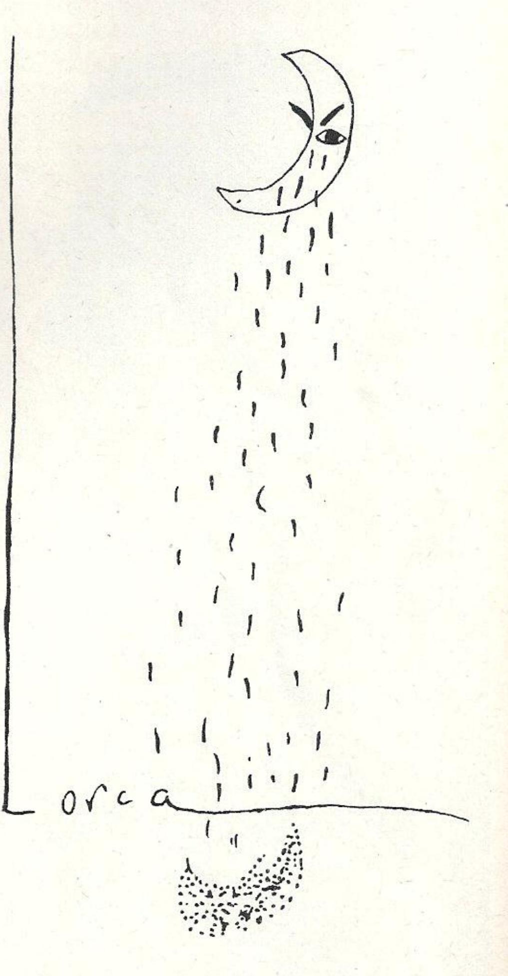
2. La Alhambra, vista desde el Generalife.

3. Granada, en una fotografía desde la Alhambra.

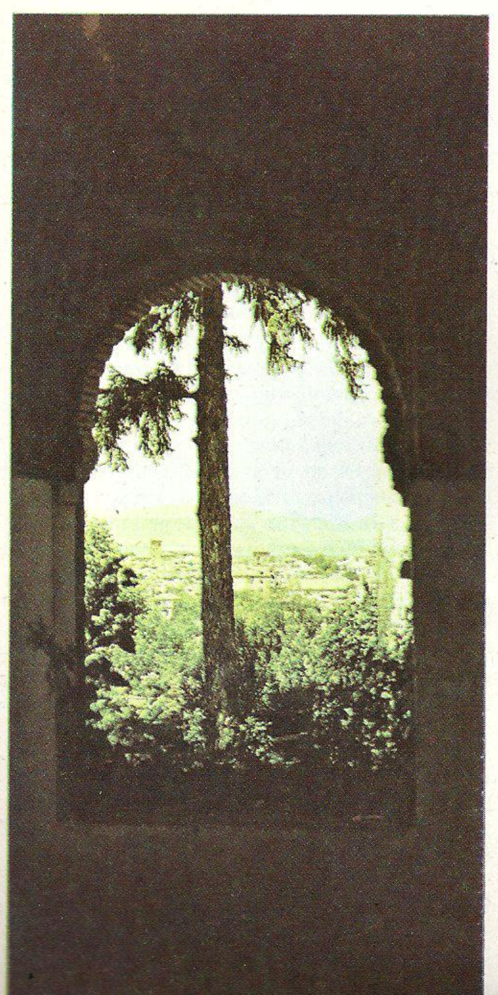
4. Firma de Lorca, de la colección de Prieto.



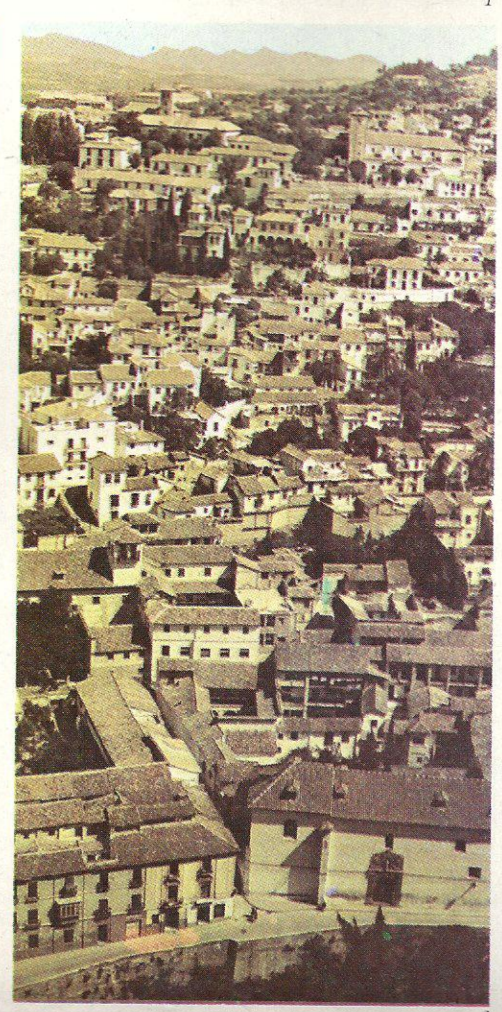
1



4



2



3

García Lorca

1. *García Lorca al piano, en una fotografía de 1935.*



1

Obras generales y sobre el autor:

Coverdale, John F. *La intervención fascista en la Guerra Civil Española.* Madrid, Alianza, 1979. Martínez Cuadrado, Miguel. *Historia de España Alfaguara. VI.* La burguesía conservadora (1874-1931). 3. ed. Madrid, Alianza, 1976. Tamames, Ramón. *Historia de España Alfaguara. VII.* La República. La Era de Franco. 5. ed., 1967. Alberti, Rafael. *Imagen primera de...* Buenos Aires, Losada, 1943. Alonso, Dámaso. *Ensayos de poesía española.* Madrid, Revista de Occidente, 1943. Auclair, Marcelle, *Enfance et mort de García Lorca*, París, Seuil, 1968. Hay traducción española de Aitana Alberti: *Vida y muerte de García Lorca,* México, Era. 1968. Brenan, Gerald, "Granada" en su *The Face of Spain*, Londres, The Turnstile Press, 1950. Bergamín, José. "Federico García Lorca". (En: *Poeta en Nueva York*, México, Editorial Séneca, 1940). Cano, José Luis. *García Lorca, biografía ilustrada.* Barcelona, Destino, 1962. Couffon, Claude. *A Grenade, sur les pas de García Lorca.* París, Seghers, 1962. Cobelli, Enzo, *García Lorca.* Mantua, Editrice La Gonzaghiana, 1959. De la Guardia, Alfredo. *García Lorca: persona y creación.* Buenos Aires, Sur, 1941. García Lorca, Francisco. *Federico y su mundo.* Ed. y prólogo de Mario Hernández. 2 ed. Madrid, Alianza, 1981. Gibson, Ian. *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, París, Ruedo Ibérico, 1971. Gibson, Ian. *El asesinato de García Lorca*, Barcelona, Grijalbo, 1979. Gibson, Ian, "La muerte de García Lorca." Carta abierta a José Luis Vila-San Juan por su libro *García Lorca asesinado: toda la verdad, Triunfo*, Madrid (31 mayo) pp. 38-39, 1975. Gibson, Ian, "Gibson a Vila-San Juan. La muerte de García Lorca". *Triunfo* (28 junio) pp. 34-35, 1975. Martínez Nadal, Rafael, "El último día de Federico García Lorca en Madrid". *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, México, número conmemorativo (diciembre), 1963. Reproducido en Federico García Lorca. *El público y Comedia sin título,* Barcelona, Seix Barral, 1978. Monleón, José, "¿Toda la verdad?", *Triunfo* (31 mayo) pp. 40, 1975. Monleón, José, "Sobre el cinismo histórico y la carta de Vila-San Juan", *Triunfo*. Madrid (12 julio), pp. 23, 1975. Molina Fajardo, Eduardo. *Manuel de Falla y el "cante jondo".* Granada, Universidad de Granada, Cátedra "Manuel de Falla", 1962. Mora Guarnido, José. *Federico García Lorca y su mundo.* Buenos Aires, Losada, 1958. Ridruejo, Dionisio, Carta de protesta ante Arias Salgado, reproducido por Vázquez Ocaña, Fernando en su *García Lorca, cántico y muerte*, México, Grijalbo. 1957. Salinas, Pedro. "García Lorca y la cultura de la muerte". (En su: *Ensayos de literatura hispánica.* 2. ed. Madrid, Aguilar, 1961, pp. 368-377). "El romancismo y el siglo xx:... Federico García Lorca". *Idem*, pp. 331-335. Salinas, Pedro. "Dramatismo y teatro de Federico García Lorca" y "Dos elegías a un torero". (En su: *Literatura española siglo xx.* 2. ed. aum. México, Antiguo Librería Robredo, c. 1948, pp. 198-210). Torre, Guillermo de. "Federico García Lorca. Síntesis de su vida y de su obra". (En: *Obras completas.* Buenos Aires, Losada, 1983, t. I.). Vila-San Juan, José Luis: "Quien mató a Federico Lorca" en su *¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española,* Barcelona, Nauta, 1971. Vila-San Juan, José Luis. *García Lorca asesinado: toda la verdad,* Barcelona, Planeta 1975. Vila-San Juan, José Luis. Respuestas a Gibson y Monleón, *Triunfo*, Madrid (14 junio) pp. 34-35, 1975. Vivanco, L. F. *Introducción a la poesía española contemporánea.* Madrid, Guadarrama, 1957. Schonberg, Louis, "Víznar" en su *Federico García Lorca. L'homme - L'oeuvre.* París, Plon, 1956. Zuleta, Emilia de. *Cinco poetas españoles.* Madrid, Gredos, 1971.

Para el índice cronológico de F. G. L., se han seguido de cerca los publicados por Arturo del Hoyo en la edición de las *Obras completas*, de Aguilar, y la de José Luis Cano en su libro citado en esta bibliografía.

Algunas Bibliotecas del Centro Editor de América Latina

Biblioteca Argentina Fundamental

Los autores más importantes de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días, a través de las obras y antologías más representativas: Echeverría, Mármol, Sarmiento, Mansilla, Hernández, F. Sánchez, Almafuerte, J. V. González, R. Rojas, Lugones, Quiroga, Güiraldes, Payró, Fernández Moreno, A. Storni, Borges, Discépolo, Eichelbaum, Mallea, Cortázar, Sábato, S. Ocampo, Bioy Casares, R. González Tuñón, Mujica Lainez, H. Conti, B. Kordon, etc. 148 volúmenes.

Pintores Argentinos del Siglo XX

Cuatro grandes volúmenes que incluyen sesenta y cuatro monografías, realizadas por destacados especialistas, sobre la vida y la obra de los pintores argentinos más importantes en lo que va del siglo. 512 láminas con magníficas reproducciones a todo color. Muchísimos dibujos, grabados, fotografías y reproducciones en blanco y negro.
Un tomo de Escultores Argentinos del Siglo XX, uno de Grabadores Argentinos del Siglo XX, uno de Fotógrafos Argentinos del Siglo XX y un cuarto tomo de Dibujantes Argentinos del Siglo XX complementan la notable colección de Pintores Argentinos del Siglo XX.

Biblioteca Básica Universal

Las grandes obras y los grandes autores de todas las épocas y todos los países: Sófocles, Dante, Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Shakespeare, Ben Jonson, Rabelais, Goethe, Hugo, Balzac, Stendhal, Flaubert, Dickens, Dostoievski, Tolstoi, Poe, Zola, Maupassant, Baudelaire, Rimbaud, Whitman,Darío, Hardy, Kafka, O'Neill, etc. Más de 300 volúmenes.

Historia de la Literatura Argentina

Los más destacados críticos han participado en la redacción de esta obra que estudia, en forma amplia y amena, las corrientes, los géneros, los movimientos, los autores y las principales obras de la literatura argentina desde sus orígenes hasta nuestros días. Seis grandes tomos profusamente ilustrados.

Fauna Argentina

La primera colección dedicada a las especies zoológicas de todo nuestro país, en particular a los distintos órdenes de vertebrados, especialmente mamíferos, aves, reptiles y anfibios. Su característica más saliente está en combinar el rigor científico y la amplitud de la información con textos amenos y accesibles y notables fotografías a todo color. Las fichas de familia, de orden, ecológicas y antropológicas complementan esta obra extraordinaria.

El País de los Argentinos

Una extraordinaria geografía regional de nuestro país en seis grandes tomos con muchísimas fotografías y mapas a todo color. Se trata de una obra muy rigurosa en su concepción y en su información, pero de lectura amena y accesible.

Historia Integral Argentina

Esta obra encara cada etapa de nuestro pasado como un proceso que tiene un origen y una evolución y en cuyo desarrollo interactúan dinámicamente los diversos factores económicos, sociales, políticos, institucionales y personales. La Historia Integral Argentina presenta las diversas corrientes que interpretan y explican nuestro pasado para que el lector las conozca y tenga más elementos para tomar posiciones. Seis tomos profusamente ilustrados.

Atlas Total de la República Argentina

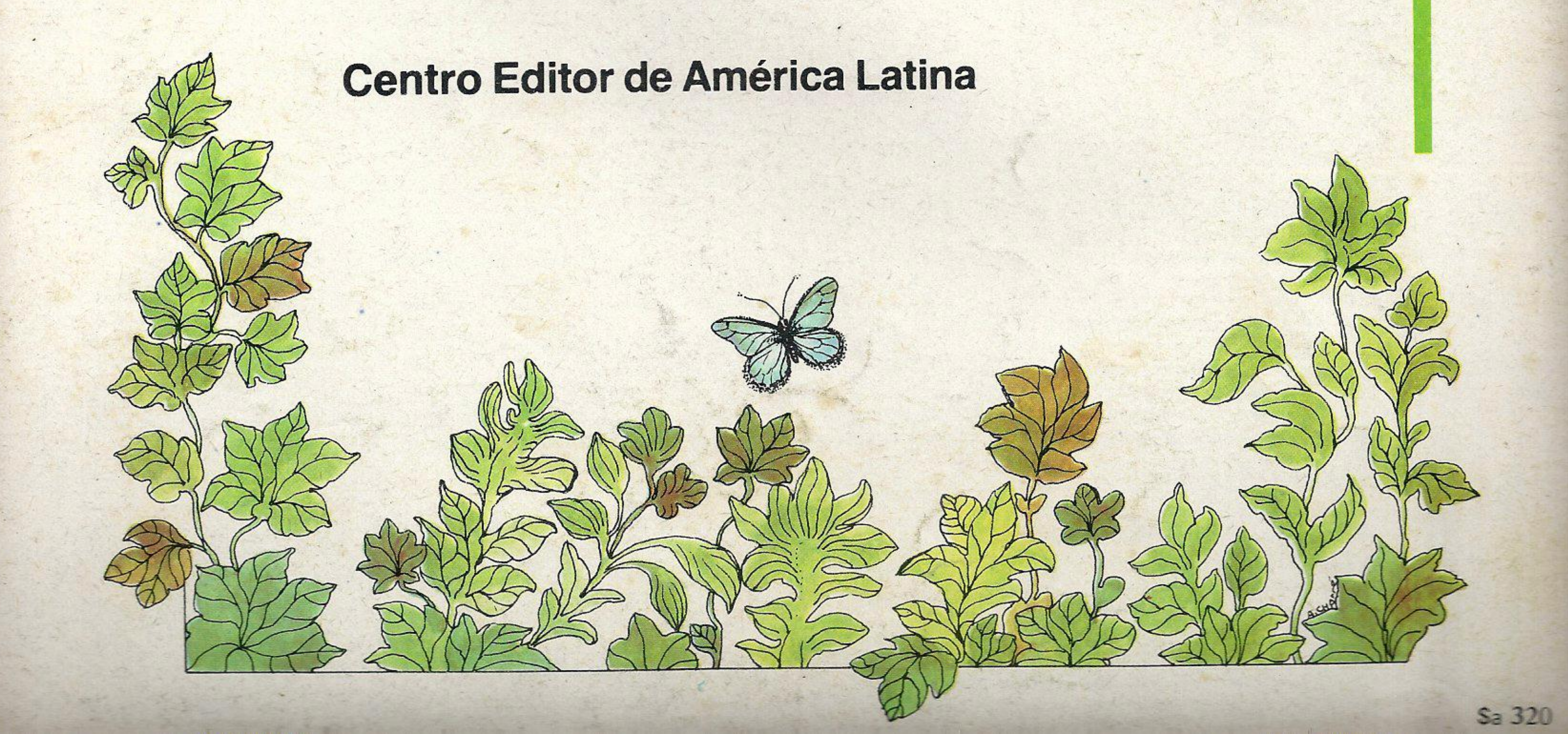
Este atlas, el más completo y moderno que se haya publicado hasta el día de hoy, cubre los diversos aspectos de nuestro país: Atlas Físico de la República Argentina (2 vol.), Atlas Político de la República Argentina, Atlas Demográfico, Atlas Económico (2 vol.), Atlas de la Actividad Económica (4 vol.) y Atlas Satelitario (2 vol.).

Ahora
todas las semanas aparecen
dos preciosos cuentos para los chicos:
un cuento del Chiribitil
para los más chiquitos;
un cuento de Polidoro
para los más grandecitos.
Son preciosos
por sus dibujos, sus colores,
sus historias lindísimas.

Los Cuentos del Chiribitil cuestan
$a 200.- el ejemplar.

Los Cuentos de Polidoro cuestan
$a 150.- el ejemplar.

Centro Editor de América Latina



Sa 320